

A full-page illustration for a movie poster. A man in a white jacket and dark pants stands on the left, holding a handgun pointed towards a woman. The woman is lying on the ground in the foreground, wearing a white and yellow dress, looking up at the man. In the background, a red classic car is parked. The scene is set against a dark, moody background.

LUZ VERDE EN EL MEKONG

a. rolcest

LUZ VERDE EN EL MEKONG

A. ROLCEST

**LUZ VERDE
EN EL MEKONG**

1.ª EDICIÓN

~~DICIEMBRE~~ - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 22766 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© A. ROLCEST - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 3718/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

774 — Ofensiva contra la Ley.

En Colección BUFALO:

460 — La zancadilla del diablo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

626 — El tributo de la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

334 — Pasaje de pistoleros.

En Colección CALIFORNIA:

290 — El as negro.

En Colección COLORADO:

266 — El duelista sin rostro.

En Colección KANSAS:

187 — La horca puede esperar.

En Colección ASES DEL OESTE:

164 — Línea de la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

75 — El rodeo de Gerkel.

LUZ VERDE en el MEKONG

por A. ROLGEST



CAPÍTULO PRIMERO

Al llegar al hotel, se dispuso a darse un baño. Creía tener tiempo. Hasta la hora de la cena no se entrevistaría con el superior.

Pero aún no había abierto las maletas, sonó el teléfono. Era el jefe, citándole en un club situado en la misma manzana en que se encontraba el hotel.

Renegando, Drek cambió de traje y se encaminó al establecimiento donde el superior, el inspector Rowe, lo había citado.

La entrevista se efectuó en un reservado. A aquellas horas la sala de baile estaba muy animada. Viendo la gente que había en la pista de baile, o sentada a las mesas, había que hacer un esfuerzo de la imaginación para recordar que se encontraban en una ciudad del sureste asiático.

Como no fuera el personal empleado, muy raras eran las personas en cuyos rostros se acusase fuertemente el sello asiático.

—Le extrañará que le cite aquí —dijo el inspector, después de estrechar la mano de Drek y haciendo caso omiso del gesto de contrariedad que tenía el subordinado.

—A estas alturas ya puedo extrañarme de pocas cosas —contestó Drek, con un matiz irónico.

Rowe sonrió y abrió la coctelera, volcando el contenido en dos vasos.

—A ver si le gusta este combinado. Quizá le recuerde la selva.

Drek cerró los ojos unos momentos.

—¡La selva!... ¿Cree usted que la olvidaré algún día?

Llevaba meses perdido en las selvas de Laos y de Vietnam del Sur, trabajando a los jefes de tribu.

—Me encontraba en el aeródromo, cuando ha llegado usted... Tenía que atender a cierto viajero. Le he observado. De la selva ha adquirido usted la flexibilidad del bejuco y el paso felino del tigre...

Como los ojos oscuros de Drek llamearan, el jefe se apresuró a decir:

—¡No es broma...! Me ha parecido usted un perfecto guerrillero. Y en el Departamento no andamos tan sobrados de hombres que se hayan adaptado a la selva con la rapidez y eficacia que usted lo ha hecho. Bien: todo esto conduce a una cosa...

—Misión a la vista —dijo Drek.

—Eso mismo... ¿No prueba el combinado?

Drek cogió el vaso y se puso a beber.

—Tendrá que acompañar a la persona que he recibido en el aeródromo.

—¿A dónde la he de acompañar?

—Primero, a Vientiane. Luego, a la selva.

—¿Algún alto jefe?

—No. Es... una periodista. En realidad, una artista de la fotografía. Son sus fotos las que han llamado la atención del público. Ahora viene del Japón y antes de regresar a nuestro país quiere completar el ciclo visitando esta zona.

Drek Keast había torcido el gesto porque el combinado no le resultó grato. Pero la idea de que le hubiesen llamado para que se hiciera cargo de una «turista», le resultó todavía más desagradable que lo que acababa de ingerir.

—¡No hablará en serio, inspector!... ¡En momentos como estos! ¿Qué demonios busca esa mujer en Laos? Aquí en Manila encontrará motivos para sus dibujos.

—Eso mismo le he dicho yo. Pero es muy terca...

—¿Y eso basta? —preguntó bruscamente, sin tener en cuenta que se dirigía a un superior. Rectificó enseguida—: Perdone... Pero no ignora cuán desesperada es en estos momentos la situación en Laos. Ninguna confianza existe en ciertas unidades que durante meses hemos estado instruyendo. Uno no sabe, cuando despierta cada mañana, si los que dejó de centinelas no estarán integrando las fuerzas enemigas. ¡Y en esas condiciones, me pide usted que me convierta en el guía de una turista...!

—Ya le he dicho que no he podido zafarme. Viene recomendada por la Jefatura en Washington.

—¿Tanto peso levanta?

—Es una de las máquinas más cotizadas. Pero en esto hay una segunda jugada, Keast. Quizá ustedes no vuelen directamente a Vientiane. Posiblemente convenga que aterricen en un aeródromo militar en la misma

frontera de Thailandia... Se simularía una imposibilidad climatológica para proseguir el viaje por vía aérea. Entonces se agregarían a un convoy de camiones que estaría listo en la otra orilla del Mekong.

—¿Y qué tendría que hacer?

—Seguir el convoy.

—¿Nada más?

El inspector le miró seriamente.

—Puede que la misión no sea tan sencilla.

—Lo supongo, si el convoy no lleva una fuerte custodia.

—Para despistar al enemigo, esos camiones llevarán el personal imprescindible, y casi todos, indígenas... Uno de los camiones llevará una carga muy importante.

El gesto intrigado que el inspector le veía a Drek, le llevó a hacer una pausa. Cogió el vaso, bebió, y después de encender un cigarrillo, dijo:

—Ya debe usted estar acostumbrado a hacerse cargo de misiones extrañas...

—Pero no como esta: cuando todo está a punto de derivar en un conflicto internacional, el Departamento se preocupa de poner un guía a una mujer que saca fotos para revistas de damas.

—¿Por qué de damas solamente? Yo no he dicho tal cosa... Pero acabo de darle a entender que existe una doble jugada. Esa mujer podrá despistar al enemigo.

En uno de los camiones irán unas cajas que será muy importante se introduzcan en la selva. A su debido tiempo se le indicará el destino que han de tener. Nadie pensará, cuando se detengan en cualquier poblado y vean a la chica fotografiando paisajes, que les lleva allí algo más que el propósito de coger «ambiente».

El inspector se levantó, dando por terminada la primera parte de la entrevista.

—Vamos al hotel en que ella se aloja. Somos sus invitados.

—¿Qué tal es? —preguntó, sin conceder la menor importancia a la respuesta.

—¿Cómo artista o como mujer?

—¡A mí en estos momentos me importa un comino que sus fotos valgan o no! ¿Es joven? ¿A la hora de caminar, resistirá?

—Es joven. Es deportista... Y es una belleza.

Un rato más tarde, Drek lo comprobaba. Un cuerpo esbelto, de óvalo moreno y ojos pardos. Apareció con un vestido que realzaba los escuetos contornos del busto y de las altas caderas.

Había mucha vitalidad en aquella mujer. Tanta como belleza. Al hacer el inspector las presentaciones, la joven miró con osadía de artista el rostro de Drek, como comprobando si los firmes rasgos de varonil belleza se ajustaban a los cánones.

Únicamente después de haberlo mirado con una detención exasperante, insinuó una sonrisa y dijo:

—Encantada, señor Keast.

Durante la cena, el inspector manifestó:

—La condición del amigo Keast como agente de la C. I. A., es conocida por unos cuantos. Entre esos cuantos se encuentran agentes enemigos. Digo esto para que sepa de antemano que su compañero de viaje puede convertirse en atraerayos.

Las finas cejas de Ruth Berk se movieron, en signo de despreocupación.

—En el Japón he tenido oportunidad de alternar con espías y contraespías —y rompió a reír, mostrando unos dientes bellísimos.

La risa la embellecía, formándole hoyuelos en las mejillas y rasgándole más los ojos.

El inspector, queriendo anticiparse a una mordaz réplica de Drek, declaró:

—No he querido decir con esto que vaya a ocurrir nada, por precisión, ni que usted, en el caso de que se vea obligada a hablar de su acompañante, tenga que decir su condición de agente. Nuestro amigo fue en otro tiempo oficial del Ejército. Si llegara el caso de que tuviera que justificar la profesión de su acompañante, diga simplemente que es capitán...

No había necesidad de agregar que estaba retirado, como meses atrás se consideró necesario hacerlo. Los instructores del ejército laosiano vistieron de paisano. Pero tal como estaba la situación, con unidades de la flota norteamericana en las proximidades del golfo de Siam, nada importaba ya guardar las formas, que al fin y al cabo de nada servían.

—Bien, capitán Keast... Pero quizá fuera mejor fingir ser viejos amigos. ¿Por qué no? Viejos amigos que han coincidido en este punto del globo. Yo no tengo inconveniente en llamarle Drek...

Había un matiz burlón en su gesto y en el tono. Esto era lo que no dejaba a Drek entrar con su humor característico en una situación que cualquiera de sus compañeros hubiera considerado envidiable.

Porque aquella joven podría ser o no, una excelente periodista. Pero de lo que no cabía duda era de que, como mujer, resultaba extraordinaria.

Pero lo sabía. Estaba convencida de que la misión de todo hombre que la mirara era girar como un trompo y extasiarse.

—Bueno, Ruth. En cuanto al trato que debemos darnos, queda desde este momento señalado por ti: somos viejos amigos —dijo Drek, sonriente, y con evidente ironía.

Ella no se inmutó. O bien gustaba de las situaciones equívocas o tenía una seguridad a prueba de cualquier asedio, más o menos correcto. Sostuvo la mirada de Drek y contestó:

—Celebro que estés de acuerdo —y mirando al inspector—: Ahora ya

sabe lo conveniente. Me parece bien mi acompañante.

—Como estaba seguro de que ciaríá su conformidad, el amigo Keast ya se encuentra instalado en este hotel.

—¿Cómo? —preguntó Drek, a punto de dar con los puños contra la mesa—. ¿Ha dispuesto usted que trajeran aquí mi equipaje?

—Tan pronto salió usted para acudir al sitio donde lo había citado. No estoy seguro de que en el hotel donde usted se metió, no hubiese alguien que nos conociera a los tíos.

—¡Pues no lo entiendo! —exclamó Drek—. Por un lado tanta precaución, y por otro, parece que tenga interés en que todos se fijen por dónde voy. ¿Cree usted que va a ser fácil acompañar a esta mujer? ¡La de males que van a desearme los mismos compañeros, cuando me vean con ella...!

Reía para disimular que estaba molesto porque tanto ella como su jefe, hubiesen dispuesto sin contar para nada en lo que él pudiera opinar.

Terminada la cena, Ruth manifestó:

—Preciso ir a un club nocturno, donde actúa una mujer con la que hice amistad en Tokio. ¿Me acompañas, Drek? No lo lamentarás. Es muy hermosa.

Drek iba a volverse para mirar al superior. Pero no esperó su autorización.

—De acuerdo.

No imaginó que aquella salida nocturna formaba parte del plan que el inspector Rowe había trazado.

* * *

Cuando entraron en la sala, la conocida de Ruth estaba terminando su actuación. Drek tuvo tiempo de contemplar su magnífica escultura, cubierta apenas por unos tules, bajo la llama fría de potentes focos.

Al encenderse las luces, cuando la sala vibraba por los atronadores aplausos, Ruth preguntó:

—¿No es maravillosa? ¡En Tokio hacía furor!

—Hoy estoy de suerte —contestó Drek—. Voy de belleza en belleza.

Iba agregar que quizá un día lo lamentara, pero comprendiendo que era anticiparse demasiado, se calló. No obstante, tenía la impresión de que el hallarse en aquel club no era por mero deseo de saludar a una conocida.

A los pocos minutos de haber actuado Grid Arlow, un camarero trajo un aviso a Ruth, anunciándole que la artista tendría mucho gusto en recibirles en su camerino.

Acompañados por el empleado, llegaron al lujoso departamento donde estaba la estrella. Desde fuera se la oía reír. La puerta estaba entornada y se veían a varios hombres, de pie, conversando.

La puerta se abrió del todo y Grid Arlow, envuelta en un tenue batín

que perfilaba su figura, fue tendiendo la mano, a los caballeros, para que la besaran y se fueran.

Salieron cuatro. La artista quedó inmóvil, bien centrada en el recuadro de la puerta. Era muy alta, de cabellos rojos, ojos grises y labios gruesos. Estuvo unos momentos mirando a Drek, y el agente creyó descubrir chispas hostiles en el centro de los ojos.

Súbitamente, la artista cambió de expresión y, mirando a Ruth, soltó una alegre risa.

—¡Vaya, por fin!... Pensé que habías desistido de venir por aquí...

—Esta misma tarde he llegado a Manila. Mi retraso se debe a los últimos sucesos en el Japón. Me encontré en plena catástrofe, y por una vez fui algo más que mera espectadora —Ruth hizo un gesto que quería ser de amargura, y exclamó—: ¡Fueron jornadas muy tristes!

—He leído algunos de tus reportajes, y he visto las fotografías, todas tan oportunas... No envidio tu profesión, Ruth. Prefiero la mía. Aquí la alegría nunca se apaga. Por lo menos, una no tiene la obligación de reparar en que hay personas tristes.

Se habían sentado los tres. Y humeaban tres cigarrillos. Instantes después, eran cuatro cigarrillos.

Había entrado un individuo grueso, de mediana edad y rasgos asiáticos.

Fue en el momento en que Ruth presentaba a Drek como un viejo amigo.

—A él debes que pasara por Manila —dijo Ruth—. Supe que hacía escala aquí antes de emprender el vuelo a Thailandia...

En ese momento llamaron a la puerta. La artista hizo un gesto de contrariedad, porque lo que Ruth estaba diciendo parecía interesarle mucho. Al menos así lo creyó Drek, que fingiéndose muy atraído por la belleza de Grid, no dejaba de observarla.

—¿Quién es? —preguntó ásperamente, una pierna sobre la otra, el batín entreabierto.

—¿Molesto? —preguntaron desde fuera.

—¡Oh! ¡Querido Hu-Ling! Y mirando a Ruth y a Drek, ya de pie, añadió—: Vais a conocer a una potencia financiera en Hong-Kong...

Instantes después, Drek estrechaba una mano fuerte, achatada, del oriental. Se sentaron.

—Hu-Ling, creo que va a tener una grata sorpresa —dijo Grid, con el cigarrillo en los labios—. Mi contrato termina esta noche y usted me ha propuesto unas semanas de descanso. Pues bien, le haré caso, si usted, lleva el rumbo que yo le señale...

—¡Oh! ¿No estará bromeando, Grid?

—Usted verá: ha llegado esta amiga que se dispone a trasladarse a Thailandia para unos reportajes. En el Japón yo la acompañé algunas veces y confieso que me distraje mucho...

En esto había una contradicción, que Drek captó enseguida. Hacía unos momentos había manifestado que no envidiaba la profesión de periodista.

—Usted conoce Thailandia. Birmania y Malaca. Se lo he oído decir infinidad de veces. Las conoce en sus pliegues más ocultos. Por ejemplo, la parte llena de mugre de Bangkok, pongamos por ejemplo. Para los ojos de una periodista es lo que más color tendrá... ¿No es cierto, Ruth? Eso... y los que viven al margen de la Ley, pueden ser motivo de buenos reportajes. ¿Por qué sonrío? —preguntó Grid, mirando fijamente a Drek.

—Por la satisfacción que experimento al pensar que usted pueda acompañarnos.

—Pero, ¿es que usted va a ir con Ruth? —fingió sorpresa, abriendo los ojos, ahora de un gris burlón.

—¿Es que usted no lo suponía? —contestó Drek, con la misma burla en el tono que ella tenía en la mirada.

—¿Por qué tenía que suponerlo?

—Creo que ella le ha dicho que se encuentra en Manila porque aquí teníamos que vernos. Yo también conozco la zona que ella piensa visitar, aunque seguramente no tanto como este caballero. Por lo menos, ciertos sectores de las grandes ciudades, los ignoro.

Repentinamente la conversación había quedado ceñida a ellos dos, y tomaba un cariz agresivo. Ruth se precipitó a dar un viraje.

—¡Eh, un momento!... —dijo riendo—. Estamos esperando la respuesta de este caballero... ¿Qué contesta a la propuesta de Grid?

El asiático parecía sinceramente desconcertado. Y mirando a la bailarina, balbució algo que ninguno pudo entender. Era por ganar tiempo.

Drek hizo como que se miraba las manos, pero observaba a Grid. Y advirtió que ella le hacía un movimiento de cabeza, indicándole que aceptara.

—Estoy a disposición de todos ustedes —contestó Hu-Ling.

—¿Ves, Ruth? Ahora es cuando tendrás ocasión de conocer aspectos de un país que un vulgar turista no puede ver. ¿No opina usted lo mismo? —preguntó, mirando a Drek.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces, Hu-Ling, encárguese usted de los pasajes, a menos que estos amigos los tengan ya comprometidos.

—Mañana queremos pasarlo en la ciudad —dijo Ruth—. Hasta pasado mañana no pensábamos tomar el avión.

—¡Muy bien! Yo también necesito de un día de asueto... Además, he de proveerme de ropa adecuada para acompañarlos por sórdidos barrios...

—Quizá no esté de más que se provea de ropa adecuada para ir por la selva —señaló Drek.

Hu-Ling fue quien menos disimuló el asombro que lo dicho por Drek había producido.

—¿La selva? ¿Es que hemos de ir a la selva?

—Ruth y yo, sí —y volviéndose de cara a Grid—: A usted no debe sorprenderle.

Otra vez vio el brillo agresivo en los ojos grises. Pero esto le pareció divertido. Más al mirar a Ruth, vio que esa misma hostilidad existía en los ojos pardos.

Drek no pudo contenerse y soltó una carcajada.

—¡Es curioso! Hace muy poco lo consideraba un signo afortunado, enfrentarme con dos mujeres tan hermosas... De pronto...

No dijo qué había cambiado, para no considerar un motivo de suerte estar en el área de las dos mujeres. Ni nadie le pidió que concretara. De pronto, las dos parecieron temerle...

CAPÍTULO II

Se levantó con tiempo para estar en el vestíbulo a la hora convenida la noche anterior con Ruth. Y se encontró con que ella ya hacía rato que había salido.

—¿No ha dicho a dónde? —preguntó al conserje.

—No, señor.

—Dentro de una hora estaré de vuelta. Si viene la señorita Berk, dígaselo.

Tardó más de una hora. Estuvo deambulando por la ciudad, dudando en ir a consultar al inspector Rowe. «Cuando él lo crea conveniente dará instrucciones», se dijo Drek.

Al entrar en el hotel le dieron un sobre.

—Esto llegó a la media hora de marcharse usted.

Dentro del sobre había una esquila. Se le citaba en el mismo club donde estuvo la tarde anterior con el inspector Rowe, La letra era de mujer y la firma decía Ruth.

Drek acudió a la cita. Un empleado le hizo pasar a los reservados. Era un gabinete en penumbra. La lúia de la calle era cegadora y Drek tardó unos momentos en poder distinguir nada.

La puerta del gabinete se había cerrado. Drek vio una sombra que se precipitaba sobre él y se agachó, embistiendo contra las piernas del desconocido.

Cayendo, sacó la pistola. Había visto el brillo de un cuchillo. El arma de fuego llevaba puesto el silenciador, y el chasquido no pudo ser oído fuera del gabinete.

El proyectil dio en el cuello del desconocido y sonó un lacerante estertor, en el momento en que se desplomaba de bruces.

Drek permaneció unos instantes en cuclillas, dirigiendo el arma a todos los rincones. Pero ya la vista la tenía habituada a aquella penumbra, y comprobó que no había nadie más.

Puso cara arriba al individuo y vio un rostro de pronunciados pómulos y ojos oblicuos. Vestía a la manera occidental. Drek lo registró, y solo encontró dinero. Y la funda del cuchillo.

Un rato después salió a la sala del bar y el empleado que lo había recibido lo acogió con la misma sonrisa del principio.

Drek ya había decidido no hacer preguntas. Presentía las respuestas que recibiría: que nada sabían. Que el «cliente» se limitó a decir que de un momento a otro aparecería un hombre de tales y tales señas, preguntando por una mujer...

Pero el empleado sí hizo una pregunta:

—¿El caballero no espera a la señorita?

—¿La señorita?

—El señor con quien acaba de entrevistarse, me dijo que la señorita tardaría poco en venir...

—Era una consigna —contestó Drek, con gesto risueño—. Está ahora muy ocupado en el gabinete y me ha dicho que no lo molesten.

—Así se hará, señor...

Drek hizo como que se marchaba, pero se situó en un bar que enfrentaba con el club, por si Ruth caía en la misma trampa.

Al mediodía regresó a hotel. La habitación la encontró con señales evidente de haber estado registrándola.

Todavía no había terminado de hacer el recuento de sus prendas de vestir, cuando llamaron precipitadamente en la puerta.

—¡Drek!

Abrió y vio a Ruth con vestido de calle, muy ligero, los brazos desnudos hasta los hombros.

—¡He estado esperándole toda la mañana! —dijo, con el ceño fruncido.

La respuesta de Drek fue cogerla de una mano y tirar con fuerza, obligándola a entrar en la habitación. Cerró la puerta pasando el pestillo y ya de cara a ella, hizo un gesto de cólera:

—¡Te custodio obedeciendo órdenes, pero la misma obediencia que tengo yo con mis jefes, la vas a tener tú conmigo!... ¡De lo contrario, tú y tus reportajes podéis iros al diablo...!

La reacción de Ruth primero fue de estupor. Permaneció unos instantes con expresión de asombro, sin encontrar respuesta.

De pronto se irguió, desafiante:

—¡Podía yo decir lo mismo!... ¡Quedamos en que na saldrías del hotel, en tanto no hablaras conmigo...!

—¿Ah, sí? Entonces, ¿eres tú quien cuida de mí? —soltó una carcajada, mientras se paseaba, cada vez más agitado—. ¡Esto es divertido! ¡Y para ponerme una niñera me sacan de la selva...!

Ruth había vuelto a fruncir el ceño, dirigiendo al suelo sus ojos llenos de fuego.

—¡Quizá tú no eres el hombre que yo preciso! —exclamó.

Drek no estaba en aquel momento para discusiones. Al oírla, dio un salto y se colocó frente a ella. Sin decir nada la enlazó por la cintura, la estrechó contra sí y la besó en la boca, largamente, recreándose en la caricia.

La soltó y tuvo que ser él quien retrocediera unos pasos, para poder mirarla de pies a cabeza, pues Ruth había quedado inmóvil, sin cólera ni asombro en su gesto.

—¿Ha de besar así el hombre que tú precisas?

Ella permanecía inexpressiva, mirándolo fijamente, como calculando algo muy importante.

—¿No contestas? —volvió a preguntar Drek, por momentos más molesto.

—Quizá esa forma de besar sea necesaria... a alguien. Y me estoy refiriendo a Grid Arlow —dijo Ruth, con un tono glacial que impresionó a Drek—. Salí muy temprano porque de madrugada recibí un aviso del inspector. Pedía entrevistarse conmigo, para evitar sospechas... Me citó en un sitio donde solo entraban mujeres a esa hora. Desde antes de que amaneciera, me estaba aguardando el inspector... Era una lavandería. Nuestra entrevista tuvo que interrumpirse un par de horas. El inspector tenía que descifrar unos mensajes...

Hablando, Ruth se había ido arreglando el cabello, y luego se había sentado, sin preocuparse de que la corta falda dejaba al aire las bien torneadas piernas y los largos muslos quedaban prodigiosamente marcados.

—Todas las instrucciones que he recibido son para ti —continuó Ruth, después de una pausa—. Grid y su amigo Hu-Ling ya están avisados de que saldremos esta misma tarde.

—¿A dónde?

—A Saigón.

—¿Por qué allí?

—Eso lo sabe tu jefe. El solo me dio a entender que si retrasamos nuestra partida por unas horas, encontraremos demasiadas dificultades en los aeropuertos.

Drek comprendió. Eso significaba que en la Casa Blanca decidían intervenir abiertamente en el conflicto. En las últimas jornadas, las guerrillas procedentes del norte habían desarrollado una gran actividad, y gran número de fuerzas laosianas habían cruzado el Mekong, para internarse en Thailandia.

Drek se volvió de espaldas a Ruth, como rehuyendo su fría mirada.

—¿Has hablado con tu «amiga»?

—Sí Y también con Hu-Ling... Los dos estaban desayunando. Cuando les comuniqué la necesidad de salir esta misma tarde, no se extrañaron. Y Hu-Ling dijo que todo quedaría dispuesto para la partida.

—¿No hicieron preguntas?

—No.

Tras una pausa, Drek exclamó:

—¡Para qué!... Ellos contaban con que todo saliera bien —se volvió rápido y, mirando con dureza a Ruth, dijo—: Tú debes haberte dado cuenta de que yo estorbo a tu «amiga»...

—Grid está acostumbrada a tratar con hombres... más peligrosos —contestó, con mordacidad.

—Peligrosos, ¿en qué sentido?

—Sin que esto sea decir que como hombre no seas un tipo llamativo...

Drek la interrumpió, dando unos pasos hacia ella.

—¿Será menester que te vuelva a besar?

Ruth se levantó, como disparada por los muelles del sillón. Sus ojos miraban inflexibles.

—¡Cuidado con las majaderías!... Ahora ya tienes idea de que mi misión a tu lado es algo más que la de sacar unas fotos.

—No sé nada todavía. ¿Qué es lo que buscas? ¿Ya no son los reportajes lo que te ha traído aquí?

Tras unos momentos de vacilación, Ruth declaró:

—Siguen siendo los reportajes... Pero ahora tienen un sentido que afecta mucho a tu Departamento ¿Te suena el nombre de Jake Baxter?

Drek hizo un gesto de sorpresa.

—¡Ese individuo fue muerto en Borneo, hace meses!... ¡Era un agente de doble juego! ¡Y la pagó...!

Ruth se puso a mover la cabeza, negando, mientras sonreía.

—No pagó nada. Volvió a engañar a vuestro Departamento... Jake Baxter no murió. Presentaron un doble...

—¡Imposible! Se le identificó.

—Eso no es cierto. En tu Departamento consta el informe de que se recogieron todos los datos que podían identificarle, pero no es verdad. En Borneo, el agente que intervino en la identificación estaba vendido al enemigo. Eso lo demostré hace unas semanas, en Tokio... Jake Baxter vive todavía y yo me he empeñado en demostrarlo. He luchado contra el escepticismo de tus jefes y solamente ahora confían un poco en que pueda tener razón.

Drek se puso a pasear, pensativo, dirigiendo de vez en cuando miradas a Ruth.

—¿Grid está, ligada a este asunto? —preguntó.

—Grid era la amiga de Jake Baxter. No sé hasta qué punto han sido leales el uno al otro... Ella siempre ha rehuido hablar de sus «amigos», desplazados por una causa o por otra. Ella sabe que yo he cogido como cesa de puntillo profesional el demostrar que el doble agente Jake Baxter vive. Y hace como que me acompaña simplemente por amistad... El inspector Rowe coincide conmigo.

—¿Habéis hablado de Hu-Ling, tú y el inspector?

—Sí. Es un traficante de armas, narcóticos y todo lo que pueda rendirle algunos beneficios. Pero nunca ha habido pruebas en contra suya. El inspector dice que en ningún momento debemos demostrarle que sospechamos de él.

—¿Y esperas que nos acompañe a la selva?

—Por amor a Grid, lo hará; Está loco por ella.

Ruth, tras una pausa, agregó, sonriente:

—Bromas aparte... tú has causado muy buena impresión a Grid.

—Bromas aparte... anoche solo faltaba que ella y yo nos abofeteáramos. Con la mirada ya lo hicimos.

—Ese fue el golpe maestro. Grid no está acostumbrada a que la miren como tú lo hiciste anoche.

Drek hizo un gesto sardónico y señaló el desorden que había en la habitación.

—¿A quién debo hacer responsable de esto? ¿A ti, por no advertirme a tiempo?

El triunfo que hasta aquel momento había resplandecido en el rostro de Ruth, suponiendo a Drek arrepentido por la forma que la había tratado, desapareció, al reparar en el armario donde estaba la ropa revuelta.

Drek le entregó una esquila que llevaba la firma de Ruth. Y la periodista palideció.

—¡Yo no he escrito esto...!

—Ya lo supongo.

Refirió lo ocurrido en el club. Ruth se mostró muy afectada.

—¡Hay que comunicarlo a la policía...!

—Nada de eso. Traería complicaciones. Y si hemos de salir esta tarde...

—Eso quiere el inspector —quedó pensativa—. No sé... No creo que Grid se atreviera a atentar, contra ti; si le interesa, como es de suponer, que yo acepte su compañía... Pero no estoy tan segura en lo que respecta a Hu-Ling. Se dicen cosas siniestras de ese hombre, hechas a sangre fría, sin perder él nunca su cara de tonto... Es posible que esté celoso.

—¿De mí?

—Grid habló esta mañana de ti, de una manera que Hu-Ling se le quitó el apetito.

—Bien. Durante el almuerzo discutiremos esto —sugirió Drek.

—Creo que debíamos informar al inspector. Quizá él considere oportuno deshacernos de Hu-Ling.

—Ahora soy yo quien tiene interés en que nos acompañe.

Tal como Ruth le había anunciado, descendieron en Saigón. Pero allí ocurrió algo que la periodista no esperaba.

Grid y Hu-Ling alegaron una cuestión de negocios, y convinieron el hotel en que deberían encontrarse en Bangkok.

Drek no se desconcertó por esto. En el mismo aeropuerto, por mediación de un tripulante que iba a emprender el vuelo hacia Bangkok, recibió instrucciones del inspector Rowe.

—Permaneceremos aquí unos días —dijo Drek, al quedar a solas con Ruth—. No te aburrirás. Saigón es llamado el «París de Oriente».

Ruth no quiso preguntar. Sabía que Drek había recibido órdenes. Pero estaba irritada porque su problema parecía una vez más abandonado por la C. I. A.

Durante dos días no aludió para nada a Grid ni al asiático. Drek procuró que se distrajera, llevándola a los sitios más atractivos.

Al tercer día, Ruth exclamó:

—¡Muy hábilmente, se han escapado! Si hubieran huido en Manila, el inspector posiblemente hubiese echado a algún agente tras de ellos. Pero viendo que venían a meterse en la madriguera, todos se han confiado.

—No te preocupes. Hábilmente se les obligará a volver —contestó Drek—. No están tan lejos como tú te imaginas. Por lo menos han dejado quien nos observe. Tú haz como que estás pasándolo muy bien...

A todos pudieron engañar, empezando por los compañeros de Drek. Parecían en realidad una pareja de enamorados.

Be pronto, desaparecieron de Saigón. Solamente en el hotel dejaron indicio de a dónde dirigían.

Como Bangkok se encontraba en pleno trajín del desembarco de fuerzas occidentales, Drek manifestó que se dirigían a Rangún. Y dejó las señas del hotel, por si llegaba correspondencia.

—¿Qué tenemos que hacer en Birmania? Grid nos espera en Bangkok —objetó Ruth.

—No lo creas. Si vamos allí no la encontraremos. Importa que piense que nos hemos olvidado de ellos dos... y de todo el mundo.

A la periodista la exasperaba la tranquilidad con que Drek encajaba los acontecimientos. A lo largo de la frontera de Thailandia con Laos, se estaban agrupando fuerzas estadounidenses, para permanecer a la expectativa por si desde Laos se producía un ataque con propósitos de cruzar la frontera.

—¿Qué órdenes has recibido?

—Protegerte.

—¡Menos protección y más interés por lo que yo persigo! En Tokio tuve que aguardar dos semanas, porque según tus jefes no era el momento para que yo me reuniera con Grid...

—Y seguramente no lo era. Ya ves que llegaste a Manila el mismo día en que ella terminaba su contrato en el club nocturno.

—¡Ya he pensado en ello!... Y posiblemente ha sido una pifia de tus mandamases. A Grid ha debido ponerla alerta, al verme llegar contigo la misma noche en que ella terminaba de trabajar en Manila...

—Sospechas las ha podido tener desde el momento en que te conoció. Ahora, al ver que no intentamos buscarla, la intrigará... Y la obligará a volver.

Se pasaron el día recorriendo lugares pintorescos. Ruth no daba descanso a su máquina de fotografiar.

Ya en el hotel, Drek anunció:

—Mañana cogeremos el tren.

—¿Para ir a dónde?

—A Mandalay.

—¡No iré! —gritó exasperada—. ¡No iré!

Se encontraban en la habitación que ocupaba la muchacha. Las dos habitaciones se comunicaban.

Ruth se había dejado caer en un sillón, desalentada. Durante unos instantes permaneció con las manos hundidas en el cabello, la cabeza inclinada.

No puedo obligarte a que me sigas... Ni tampoco tengo instrucciones para que me esfuerce en convencerte. Sí las tengo para dejarte bajo la protección de nuestra Embajada, o cualquier Legación diplomática, allí donde yo vea que no te encuentras en condiciones de proseguir. Mañana vendrán a buscarte.

Drek se dispuso a salir.

—¡No hagas gestiones que de nada han de servir! —prorrumpió Ruth, ronca por la ira—. ¡Aunque no pudiera dar un paso... y aún tengo energías para rato... proseguiría, aunque a pie tuviera que recorrer estas condenadas selvas!... ¡No renunciaré a llevar este asunto adelante! Si me retirara...

—Sería tu desprestigio como periodista, ¿no es eso?

Ruth no contestó, al advertir la ironía con que él le hablaba.

—Eso no debe preocuparte —prosiguió Drek—. Podías alegar cualquier enfermedad... Aquí abundan. Por otra parte, si el comprobar la existencia de Jake Baxter interesa al Departamento...

—¡No interesa! ¡No interesa! ¿No lo ves? ¡Y tú eres cómplice de la jugarreta que me han hecho tus jefes! ¡No sabían cómo librarse de mí, y han puesto en práctica esta burda comedia, de ir de un lado para otro, para cansarme...!

—Lo siento —comentó Drek, en tono humorístico.

—Creí que te había llevado a lugares interesantes. Entonces, ¿de nada va a servir toda la película que has gastado?

Ruth no le escuchaba ya. De pronto había ligado varios detalles captados al azar, de cosas hechas por Drek, durante aquellos, días.

—Te has separado algunas veces de mí —dijo, súbitamente calmada.

—Muy pocas. ¿Por qué?

—¿Con quién te entrevistas?

—Con agentes de la C. I. A.

—¿Qué te dicen?

Tras vacilar unos momentos, Drek declaró:

—No quiero engañarte. Puede que tú tengas razón, que Grid y Hu-Ling hayan levantado el vuelo para no dejarse ver en mucho tiempo. Por eso

casi es mejor que desistas de proseguir esta excursión.

—¿Tú también?

—Yo he de coger el tren para Mandalay.

—También yo —dijo Ruth, poniéndose en pie.

—Tengo autorización para prevenirte que, desde el momento en que nos veamos en el tren, la protección que desde la sombra nos han prestado los compañeros, será nula.

Ruth se quedó mirando a un punto indeterminado, y dijo suavemente, pero con firmeza:

—No importa... Iré.

CAPÍTULO III

Drek lo pensó mucho, antes de decidirse a despertar a la muchacha. Era ya medianoche. El tren se había detenido en la estación donde Drek tenía que encontrar un enlace...

Comprendió que sería peor dejarla dormida, corriendo el riesgo de que despertara y se encontrara sola en aquel departamento.

—Ruth, tengo que apearme por unos minutos —dijo, moviéndola de los hombros.

Ruth abrió los ojos.

—No estaba dormida. ¿Bajo yo también?

—No. Yendo solo será más fácil pasar inadvertido. Será por unos minutos. Mantén la puerta cerrada con pestillo.

Iban muchos occidentales. Pero de ellos se fiaba Drek tanto o menos que de los indígenas.

Apenas salir del departamento, Ruth pasó el pestillo.

Drek rehuyó ir por sitios iluminados, y esto le obligó a dar un largo rodeo.

Detrás de la estación, en un edificio cuadrado, de construcción reciente, circundado por una verja de hierro, se hallaba un puesto militar.

La puerta estaba entornada y apenas Drek golpeó en la reja, la puerta se abrió y apareció un soldado, con el fusil en las manos.

Tras él, asomó un hombre de mayor talla y que vestía de paisano.

—¿Podrían proporcionarme un poco de café? —preguntó Drek.

—A menos que no le importe esperar, tendrá que tomarlo frío —contestó el hombre que vestía de paisano.

La contraseña era correcta.

—No me importa esperar, como tampoco me preocupa tomarlo frío —dijo Drek.

El centinela avanzó y abrió la verja. Ya dentro de la casa, la puerta de madera quedó cerrada.

El hombre que vestía de paisano era compatriota de Drek.

—¿El mayor Hoey?

—El mismo. Usted es Drek...

No esperó a que Drek le contestara. De pronto, como si advirtiera que aquel no era sitio adecuado para hablar, lo cogió apresuradamente de un brazo y lo encaminó por un largo corredor.

Cuando entraron en una habitación que servía de dormitorio y de despacho, el mayor Hoey dio un respiro.

—Creí que no aparecería... Tengo orden de cargar las cajas en este tren

y estaba en la duda de si debía hacerlo, aunque usted no apareciera.

Volvió a respirar profundamente, abrió un armario y sacó una botella de *whisky*. Sirvió dos vasos.

—Para que esas cajas le produzcan pocos problemas —dijo el mayor, brindando—. A mí me han producido bastantes.

Drek bebió. Al dejar el vaso sobre la mesa, preguntó:

—¿Qué clase de problemas?

—¡De todos!... A veces he llegado a temer que contuvieran oro, o drogas, con tanta insistencia me pedían que las tuviera en la mayor reserva... ¡Y usted imagine! Primero iban destinadas a un aeropuerto de Thailandia, al sur. Luego al norte, a un poblado situado en la misma orilla del Mekong. Luego las pasamos a Saigón y, por fin, aquí...

—¿Desde cuándo las tiene aquí?

—Desde hace tres días... Me admiraba que esas cajas pudieran estar en reposo más de veinticuatro horas, cuando anoche recibí un mensaje cifrado en el que se me indicaba cambiar los envases por otros más viejos que estaban aquí almacenados quién sabe cuánto tiempo.

—¿Cuántos Han tomado parte en el cambio de cajas?

—El sargento Brill y dos soldados.

—¿Compatriotas?

—Sí. Los indígenas estaban de guardia por los alrededores. No hay cuidado de que desde fuera hayan advertido el cambio.

Drek miró el reloj.

—¿Tardará mucho en salir el tren?

—Unos veinte minutos... O todo lo que nosotros queramos.

—No alteren el horario.

El mayor Hoey soltó una carcajada.

—Hablar de horarios y de exactitud en un tren birmano, es como concertar una partida de póker en el planeta Marte.

Volvió a llenar los vasos.

—Preferiría que me llenara un termo con café. Conmigo viene una señorita...

—¡Diablo! ¿Y por qué no ha venido aquí?

—No convenía.

—¡Deme ese termo mismo!... Las cajas serán cargadas en los últimos minutos.

Al regresar al departamento del tren, oyó risas de mujer. Y enseguida tuvo la sensación de que Grid Arlow había acudido al señuelo.

No se equivocó. El departamento se encontraba entreabierto, lo que hizo que Drek mirara a Ruth severamente. La muchacha se dio cuenta del descuido y se azoró. Disimuló, diciendo en voz alta:

—¡Drek! ¡Mira a quién tenemos aquí...!

Drek tenía que representar su papel ante la bailarina. No podía, no

debía demostrarle que su presencia le satisfacía.

Y sonrió con perfecta desgana.

—Celebro...

—¡No se nota! —contestó Grid, dispuesta a hacer frente a cualquier brusquedad de Drek—. Más bien creo que lo lamenta...

—Pues, si he de ser sincero... No porque yo tenga nada contra usted, Grid. Pero si su presencia ha de influir en nuestras decisiones, a la hora de convenir un rumbo...

La frialdad con que hablaba iba acorde con el sentido de las palabras. Grid, pese a estar preparada a todo, se mordió los labios, en un ramalazo de furia. Sus ojos grises llamaron.

—Cuando usted nos dio esquinazo en Saigón, yo no lo lamenté —continuó Drek, dispuesto a no darle un momento de respiro.

—¡Yo no les di esquinazo! ¡Fue que se presentó un negocio urgente para Hu-Ling!... El mismo se lo demostrará, si quieren venir a nuestro departamento.

—¿Hu-Ling también está aquí? —preguntó Drek, con sorpresa no exenta de comicidad.



Codruin 62

—¡Arriba las manos!

Grid movió la cabeza. Su cabellera cobriza se esparció, cayéndole sobre ambos lados de la cara.

—¡Ruth! ¡Tu amigo es bastante desatento!... ¡Ahora me explico que no vinierais al hotel donde Hu-Ling y yo os estábamos esperando...!

—¿Dónde? —inquirió Drek.

—¡En Bangkok!

Drek rompió a reír.

—Ni usted ni Hu-Ling estuvieron en ese hotel, y hasta estoy por asegurar que ni siquiera se acercaron a Bangkok.

—¿Qué le hace hablar así?

—La impresión que me produjo usted, apenas llegamos al aeropuerto de Saigón. Ustedes tenían entonces muchas ganas de perdernos de vista... Tantas como yo tengo ahora de que salga de este departamento.

Grid palideció. Nunca había sido tratada con tanta dureza por un extraño. Sus ojos apuñalaban el rostro de Drek, cuando ella dijo:

—¡Así llegue la ocasión en que usted tenga que robarme...!

—¿Rogar qué? —inquirió Drek, dispuesto a no darte tiempo a que se serenara.

Grid se volvió a mirar a Ruth.

—¿Tú apruebas esto? —el tono no podía ser más agresivo.

—Yo lamento mucho que no os entendáis, Grid... Pero vuestra desaparición en Saigón fue bastante extraña, para que Drek no piense que os molestábamos —continuó Ruth, con admirable naturalidad.

—Soy un poco vengativo —agregó Drek.

—Está bien... Quizá mañana os encuentre de otro humor. ¡Buenas noches! —dijo Grid, después de estar unos momentos mirando al hombre, como queriendo devorarlo con los ojos.

Apenas salir, Drek cerró la puerta. Se sentó frente a Ruth y se cruzó de brazos. Enseguida cambió de postura y consultó el reloj.

—Faltan dos minutos para que se dé la salida... ¿No pruebas el café?

El termo había quedado sobre el asiento, al lado de la muchacha.

—¿Es por esto por lo que te has apeado?

—No. Aquí se están cargando unas capas de cartuchos «deficientes» que van con destino al diablo. Estas cajas son las que se me ha encargado que custodie —enseguida hizo una transición—: Pero, hablemos de Grid: ¿ves cómo ha vuelto?

En aquellos momentos Ruth no sabía si celebrarlo. Drek se puso a reír.

—¡Va hecha una fiera! —comentó.

—Otro en tu lugar estaría aterrorizado. Esa mujer es de las que no perdonan.

—¿Y eso debe preocuparme?

El tren acusó una sacudida. Y empezó a deslizarse sobre los rieles,

dejando atrás la mancha de luz de la estación.

Los dos permanecieron callados un largo rato. Ruth tomó varios sorbos de café.

—Lo que has hecho con Grid, solo puede conducir a dos puntos opuestos: a que te odie a muerte... o a que se convierta en tu esclava. ¿Qué fin persigues?

Pese a la indiferencia con que Ruth parecía decirlo, se advertían en su voz inflexiones que denotaban gran preocupación.

—Desde el punto de vista de mi misión, es necesario el odio de esa mujer, para que dé pasos en falso.

—¡Deja al margen tu misión!... —exclamó Ruth, con súbito calor—. Simplemente como hombre: ¿desearías que Grid te amara?

Drek se echó a reír.

—¡Lástima le tengo al hombre que no lo deseara!

Ruth se apretó contra el ángulo que formaba el asiento y rechinó, muy bajo:

—¡Estúpido...!

★ ★ ★

El tren acababa de detenerse. Segundos antes, la joven fotógrafo había mirado por la ventanilla. Todavía era de noche.

Lo que la muchacha vio la hizo estremecerse y sus piernas tropezaron con las de Drek, que parecía dormido.

—¿Otra estación? —murmuró el agente.

—¡No! ¡Mira, Drek...!

En ese momento golpeaban la puerta del departamento. Drek miró al exterior y entrevió una hilera de figuras humanas, todas armadas de fusil.

—La cosa ocurrió —dijo sencillamente.

Abrió la puerta del departamento. En el corredor había un hombre asiático, con indumentaria civil y militar, que les apuntaba con un fusil ametrallador.

—¡Manos en alto!

Deformaba el inglés. Y su voz delgada y chillona penetró en los oídos de Drek como mi toque de clarín.

Por si tenía duda de que todo aquello fuese una pesadilla, de otro departamento llegó un agudo grito, un estallido de terror.

De otros departamentos más lejanos llegaban voces destempladas y de vez en cuando se oía algún grito histérico. Sonaron pasos precipitados, el golpe de una portezuela, el choque de alguien que salta a tierra, y disparos.

De pronto se hizo el silencio. Un silencio trágico, henchido de amenazas.

—¿Hemos de seguir mucho rato con los brazos en alto? —preguntó

Drek.

—¡Silencio! —ordenó el guerrillero.

Aparecieron otros dos, también con el mismo desorden en la indumentaria. El que apuntaba a Drek dijo algo en su extraña jerga y uno de los recién llegados se acercó al agente, lo cacheó y cuando le cogió la pistola se quedó contemplándola, como si fuese una valiosa joya.

El otro guerrillero intentó; acercarse a Ruth. Drek se colocó delante y miró al que le apuntaba.

—Mándale que se retire... Esta señorita no lleva armas.

El que empuñaba el rifle ametrallador iba a contestar, cuando miró al pasillo, se puso en actitud de firmes y dio una voz a los compañeros. Estos también se colocaron rígidos.

Un hombre asiático, de estatura bastante elevada, que vestía uniforme militar de oficial yanqui, pero con las insignias arrancadas, apareció en la puerta del departamento.

Dirigió una escrutadora mirada a Drek y a Ruth. Cuando por segunda vez miró a Drek, su boca, de corte severo, pareció insinuar una sonrisa.

—¿Me da la documentación?

Lo pronunció en un inglés casi perfecto. Drek se apresuró a obedecer. La documentación era simplemente de oficial retirado.

—¿Por qué «retirado»? ¿No le gusta el Ejército?

—¿No es preferible que calle... si no he de decirle una verdad que, por otro lado, usted conoce? —preguntó a su vez Drek, mirándolo rectamente.

Al asiático pareció unos momentos sorprenderle la franqueza. Volvió a insinuar la sonrisa. De repente quedó serio, y se dirigió a Ruth.

—¿Me da su documentación?

Ruth ya tenía en las manos el carnet en el que figuraba como periodista.

—¿Encuentra materia que escribir en nuestro país?

—¡Mucha...!

—Verá más.

Se guardó la documentación de los dos y se volvió de espaldas, encaminándose a la puerta. Allí se detuvo y, sin volverse, ordenó:

—Recojan el equipaje y apéense.

No esperó a ver el efecto que hacían sus palabras. Desapareció por el corredor, después de haber dado una orden a los subordinados.

Drek cargó con su maleta y con parte del equipaje de Ruth.

En el vagón, el personal que quedaba permanecía replegado en los rincones, mirando con terror hacia el pasillo. Se veían algunas mujeres asiáticas, llorando.

Al pasar Drek por uno de los departamentos donde se oía con mayor fuerza el llanto de varias mujeres, oyó que uno de los guerrilleros decía:

—No asustarse... Hombres volver...

Sí, gran parte de ellos quedarían libres tan pronto hubiesen efectuado el transporte del botín.

Gracias a la franja de luz que proyectaban en tierra las ventanillas podía advertirse la larga hilera de viajeros situados de pie a un lado del tren. Separados de ellos, y a trechos de unos dos metros, se veían guerrilleros vigilando tanto a la campiña oscura como a los prisioneros.

La fila avanzaba lentamente. Marchaban en sentido contrario a la dirección del tren, hacia donde se encontraban los vagones de mercancías. Allí, a cada individuo le colocaban sobre los hombros una carga.

Cuando Drek y Ruth llegaron a los últimos vagones, vieron bajo una potente luz al oficial que se había quedado con la documentación. Sostenía un papel en el que iba haciendo anotaciones.

Detrás estaban dos guerrilleros, armados con fusil ametrallador. Cada vez que un viajero llegaba ante el oficial, este lo miraba de arriba abajo calculando sus fuerzas y enseguida daba una orden. Al momento, un pesado bulto se posaba sobre los hombros del viajero y con un ademán se le ordenaba que echara a andar.

Al llegar Drek y Ruth, el oficial dio el efecto de que los estaba esperando para dar por terminada la tarea. Circuló una orden y los que estaban en los vagones saltaron a tierra. Al momento se oyó un ruido de cadenas y topes.

Los vagones de mercancías, separados del resto del convoy, empezaron a deslizarse lentamente hasta que, de pronto, el suave declive los fue llevando a una velocidad cada vez mayor.

Aún no debían encontrarse a unos treinta metros, cuando sonaron fuertes detonaciones y en cada vagón se levantó una gran llama.

—¿Cogieron todo el equipaje? —preguntó el oficial.

—Sí —contestó Drek.

El asiático se quedó mirando a Ruth.

—¿Es... simplemente compañera de viaje de este caballero?

—Si ha leído los pasaportes, habrá visto que esta señorita está confiada a mí custodia —contestó fríamente Drek.

En la oscuridad acababa de entrever las figuras de Grid y Hu-Ling. Los dos estaban mirándoles.

—Nada hay que se oponga a que usted la proteja —contestó el asiático. Se volvió para mirar adonde estaban Grid y Hu-Ling.

—¿Y ustedes? ¿Han recogido todo?

Hu-Ling no tuvo aliento para contestar. Lo hizo la bailarina, con bastante naturalidad:

—Todo, comandante.

Hu-Ling habló entonces, seguramente en chino. El oficial le contestó, de manera que ningún occidental pudo entenderle, y soltó una breve risa. Hu-Ling no pareció tranquilizarse por lo que acababa de oír, y soltó un

apesarado suspiro.

—¡En marcha! —ordenó el oficial, en inglés.

Al principio subieron una cuesta muy poco pronunciada. Pero de pronto el camino se hizo extremadamente difícil. Poco a poco la caravana quedó canalizada por el vértice de dos vertientes. Antes de meterse en ellas, Drek miró atrás.

Vio en la lejanía, en el fondo levemente azul del amanecer, la mancha inquieta de los vagones incendiados, rodando a una velocidad vertiginosa, como una antorcha agitada en un abismo, dando la señal de alarma.

La luz del día los cogió coronando una de las altas montañas que dominaban el valle. Y allí sonó la tan deseada voz de alto.

CAPÍTULO IV

Al sonar la orden de detenerse, la mayor parte soltaron la carga y se dejaron caer, tan agotados que parecían muertos.

Entre los prisioneros había varios occidentales, la mayoría norteamericanos. Eran militares, pese a su indumentaria de meros turistas.

A simple vista podían distinguirse. Aparte los guerrilleros, eran los únicos que habían quedado de pie, así que la sombría caravana se detuvo.

Desde su sitio, Drek había estado observando, procurando que su figura destacara del grupo que tenía a su alrededor. Era, quizá, por el mismo motivo que los militares habían quedado de pie. Ninguno intentó moverse de su sitio, seguros de que los guardianes los estaban observando.

Estando de pie, podían verse, reconocerse, contarse, y posiblemente cada uno se lanzó a preparar un plan de acción.

Uno de los grupos que parecían menos agotados era el que integraban Drek, la periodista, Grid y Hu-Ling. Eran también los que menos carga llevaban.

Ruth y Grid eran las dos únicas mujeres que iban en la caravana. Enseguida se convirtieron en el centro de toda la atención.

Durante la marcha, las dos parejas se habían fusionado en un mismo grupo, sin que mediaran palabras, ni siquiera miradas.

Hu-Ling se había dejado caer en tierra tan pronto se detuvieron.

—¿A dónde nos llevarán? ¿Qué querrán de nosotros? —suspiró el asiático.

—¡No preguntes majaderías! —le interrumpió Grid ásperamente—. Lo sabes demasiado.

—¿Yo? —los ojos del chino adoptaron una forma casi redonda—. ¿Qué es lo que sé yo?

Grid lo miró con desprecio. Enseguida, en sus ojos grises se encendieron chispas de maligna burla.

—¡Que tipos como tú hayan conseguido amasar una fortuna...!

Drek y Ruth se miraron. Y él no pudo contener la risa.

—Nosotros, al menos, vamos de acuerdo —comentó, sin dejar de mirar a Ruth.

Grid estuvo unos instantes observándoles. El gesto de ira que había empezado a insinuarse, se extinguió, pasando a una expresión risueña.

—En esta situación, creo que puede establecerse una tregua. ¿No es cierto, capitán Keast?

—¿Por qué me llama capitán?

—El jefe de la expedición me ha dicho que usted es oficial. Pero iba

referirme a Hu-Ling... Ya lo ven: le sobra dinero, pero va muy escaso de sentido del humor. Él es de los que negocian hasta con el diablo. Y pensó que acercándose al área de peligro podría apretar más las tuercas, para que los beneficios aumentaran.

Se calló para soltar una carcajada. Su esplendoroso busto estuvo unos momentos perfilándose en un continuo temblor.

—Ahora, la ganancia de varios negocios se le va a ir en el fuerte rescate que tendrá que pagar... ¿No le encuentra gracia a lo que le ocurre a Hu-Ling?

—Suponiendo que lo que acabas de decir sea cierto —objetó Ruth.

Esto pareció coger desprevenida a Grid. Las dos mujeres quedaron mirándose fijamente.

—¿Vas a dudar de mis palabras, Ruth?

—Es que se me hace difícil creer que un temperamento como el tuyo se resigne a un viaje tan incómodo, simplemente porque a tu amigo le convenga.

—Entonces, ¿qué crees?

—Que eres tú quien ha inducido a Hu-Ling a hacer este viaje.

—¡Y así es! —exclamó el chino.

Grid se mordió el labio inferior y dirigió una divertida mirada al grupo.

—Muy bien. Eso es tanto como decir que yo sabía que tendría que venir aquí, a este paraje...

Ruth, aprovechando que el oficial asiático se encontraba cerca y el tema quedaría cortado, dijo, en tono muy significativo:

—Yo pienso que los cuatro sabíamos de antemano que este viaje en tren tendría una derivación tan incómoda, pero al mismo tiempo tan atractiva, como la que nos rodea.

El oficial asiático se paraba entonces a tres pasos de ellos y todos se pusieron en pie.

—Abran las maletas. Van a registrar sus equipajes.

Hu-Ling abrió apresuradamente una de las maletas. Encima de la ropa apareció una botella de *whisky*. Uno de los guerrilleros, obedeciendo una mirada del jefe, cogió la botella y la estrelló contra una roca.

—Si llevan más, díganlo —manifestó el asiático. Y mirando a Drek, al tiempo que en sus labios se plasmaba una irónica sonrisa, agregó—: Es por bien de ustedes. Poseer excitantes podía empujarles a cometer tonterías.

—En mi termo queda un poco de café —contestó Drek, con aparente seriedad—. También es un excitante...

—Ah... ¡El termo!

El jefe de los guerrilleros se quedó mirando a su alrededor, como si de repente hubiese recordado algo muy importante.

—Parece que le costó convencer al mayor Hoey... Exactamente veintinueve minutos, desde que entró y salió del puesto militar...

—Le felicitó, comandante —contestó Drek.

—¿Por qué?

—Por su perfecto servicio de información.

—¡Bah! Mis agentes se limitan a aprovechar las torpezas que ustedes cometen... Puede quedarse con ese café. A las damas tal vez les haga falta.

Tenía un rostro enjuto, de pómulos salientes. La piel, áspera, envejecida por el sol y los vientos. Cerca de la comisura de la boca tenía una Cicatriz...

—Ya que usted nos alude, comandante, ¿podemos preguntarle cuál va a ser nuestro destino? —intervino Ruth.

—En lo que a usted se refiere, señorita, su destino es el que usted misma se ha buscado.

Se volvió a mirar atrás. Los guerrilleros apostados en las alturas comenzaron a descender. Los que se encontraban cerca de los prisioneros se pusieron a bracear y a dar voces. El personal tendido empezó a levantarse.

—Vamos a proseguir —dijo el comandante, volviéndose hacia el grupo—. Tres cuartas partes de los que nos acompañan quedarán libres dentro de unas horas. Desde luego, ustedes no.

—¿Por qué nosotros no? —clamó Hu-Ling.

El jefe le miró divertido.

—Tenemos que tratar de negocios, Hu-Ling... Alguna vez tenía usted que venir a nuestra zona.

En la boca de Grid estalló una carcajada. El guerrillero y Hu-Ling se quedaron mirándola.

—¿Le parece divertido, Grid Arlow? —preguntó el jefe.

—¡Mucho, general Kup Ma!

Drek no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al oír el nombre. ¡Kup Ma, el más hábil y audaz jefe que operaba en la zona de Birmania y Laos!

Miró con verdadera curiosidad a su enemigo. Luego se fijó en Grid, que era quien había revelado el nombre.

Ella ya lo estaba esperando y preguntó:

—¿No le satisface, capitán Keast, haber caído en poder de tan prestigioso enemigo? —y los ojos grises se hincaban en los de Drek, deseosos de encontrar miedo.

—Desde luego —contestó enigmáticamente Drek—. Esto para mí ha sido algo más que una inesperada sorpresa.

—Otras muchas le aguardan —dijo Kup Ma.

—El capitán Keast sabrá encajarlas muy bien —comentó Grid, riendo.

—Espero que también usted —declaró Kup Ma.

Y se marchó. La risa fue apagándose en la boca de Grid. Por unos instantes sus ojos estuvieron siguiendo la figura del guerrillero.

Alumbraron chispas de miedo.

Kup Ma se alejaba a grandes pasos, separándose un poco de la torcida columna.

Las maletas habían sido registradas. La ropa masculina permanecía en un montón. La de mujer fue dejada en las maletas.

Ruth recogió lo suyo. Llevaba unas botas altas y se las calzó. Era lo mismo que en el tren, antes de que se produjera el asalto, hizo Drek.

Grid llevaba zapatos planos y, al ver las botas de Ruth, hizo un gesto de burla.

—Muy prevenida...

Al reanudar la marcha, Ruth susurró al oído de Drek:

—Atrás van hombres que no hacen más que mirarte, como esperando consignas...

—Ya lo sé. Y he procurado hacerles saber que la única consigna, por ahora, es obedecer lo que esta gente nos mande.

A media tarde llegaron a una altiplanicie. Por unos momentos, las dos mujeres quedaron en el borde de una vertiente, recibiendo el viento, y sus tenues vestidos se ciñeron al cuerpo, perfilando los más leves contornos.

Todos los hombres se quedaron mirándolas. Algunos pensaron que aquella belleza era una refinada tortura oriental a que los sometían los guerrilleros, para que tuvieran más consciencia de lo que definitivamente habían perdido.

Uno de los que miraban a Grid con verdadero odio era Hu-Ling. Cuando ella se acercó, prorrumpió el amarillo:

—¡No he de parar hasta aniquilarte! ¡Tú sabes que allá abajo lo puedo todo...!

Grid permaneció sonriendo malignamente, procurando que su tentadora belleza siguiera turbando las mentes de los que la contemplaban.

Esperaba que uno de estos hombres fuera Drek... Pero él no la miraba.

—Mí querido Hu-Ling... Debes tener en cuenta que ahora no nos encontramos «allá abajo».

No, estaban muy lejos de lo que suponía encontrarse «allá abajo». En aquellas cimas, que en invierno se llenaban de flores de adormidera, ahora surgía un viento libre y bravo, herido por las espuelas de los picachos.

Hacía unos momentos que en el cielo opaco se estaba concretando una tempestad de motores. Superfortalezas volantes empujaban su rulo de sur a norte.

No se veían, ni aun cuando pasaban por encima. El fragor era tan imponente, que daba la sensación de que las cordilleras se desgajaban y rodaban al valle. O que en lo alto, más allá de la bóveda de bruma, se estaba produciendo un cataclismo y todo iba a desplomarse, aplastando

cimas y alisando hondonadas.

Era tal el estruendo que se podía hablar a voces sin que a unos cuantos pasos unos de otros se oyeran.

Drek, haciendo como que seguía la invisible ruta de los aparatos, se había detenido detrás de uno de los compatriotas que tenía un inconfundible sello de militar.

—¿Qué ocurre entre ustedes? —preguntó, sin dejar de mirar al espacio.

El otro levantó un brazo y con un dedo fue apuntando a lo alto, a la zona donde mayor era el temblor de motores.

—Hay doce hombres esperando sus órdenes.

Drek había ido volviéndose de espaldas al compatriota.

—¡No hagan nada!... ¡Esperen!

A muy pocos pasos advirtió a Kup Ma. Drek no se movió. Siguió mirando a lo alto, con las manos en los bolsillos.

El rostro enjuto, envejecido, del guerrillero, aparecía ahora contraído, en un gesto duro. Sus ojos parecían debatirse por ensanchar el corte reducido de los párpados. Hincaba la mirada en los ojos de Drek.

—¡Soberbia avalancha! ¿No?

Aludía a los aparatos. Lo preguntó en tono irritado. Drek presintió que el menor gesto por su parte iba a ser motivo para que Kup Ma descargara su odio sobre él, como representante de aquella devastadora potencia.

Drek tuvo el acierto de mantener una expresión grave, de persona al margen de las pasiones y que siente en lo hondo, condoliéndose, cuanto estaba ocurriendo en el país.

Kup Ma, sin embargo, no parecía satisfecho de la actitud del americano. Necesitaba pelea para apaciguar su cólera.

—¡Yanquis malditos! ¡Entrometidos! ¡Un día esa avalancha irá de norte a sur!

Su cara se acercó tanto a la de Drek, que casi la tocó, volcándole su cálido aliento, con brotes de saliva.

—¡Iréis todos al mar!... ¡Todos! ¡Muy pronto...!

Drek continuó quieto. El fragor de motores se alejaba y la voz del hombre iba recobrando potencialidad.

En la altiplanicie todos miraban al grupo que formaban el yanqui y el asiático. La voz de este parecía un látigo restallando sobre las cabezas de todos.

Una mano de Kup Ma se aferró a la camisa de Drek. Le dio dos sacudidas, frenético.

Pero Drek siguió imperturbable. Esto hizo efecto. El guerrillero lo soltó y retrocedió unos pasos.

Parecía apaciguado. Se quedó mirando al yanqui con admirativa curiosidad.

—No está mal de nervios.

Drek no contestó. En realidad apenas si le escuchó. Tenía bastante atendiendo el caos de ideas que se había producido en su mente. Por unos segundos creyó no poder contener su impulso de agarrar la garganta de Kup Ma, para estrangularlo.

De haber hecho esto, por pronto que sus subordinados hubieran intervenido, ya el desorden habría sido aprovechado por los doce hombres que estaban dispuestos a presentar batalla. Habrían conseguido algún arma... Pero, ¿qué hubieran logrado con ello? Con que los prisioneros consiguieran escapar no se habría logrado gran cosa. Más de tres cuartas partes quedarían libres dentro de unas horas.

Drek se serenó al pensar en el objetivo de aquella misión. Tal como se habían desarrollado los acontecimientos, era evidente que el servicio de inteligencia norteamericano no solo conocía que se iba a producir el asalto al tren, sino que lo había incitado.

Era ahora cuando se encontraban metidos en lo hondo del asunto, Y a toda costa debía seguir adelante, aunque se metiera en las fauces de la fiera.

Kup Ma, tan pronto se hubo apaciguado, volvió la espalda a Drek y se alejó, dando órdenes a sus subordinados. Drek regresó adonde estaba Ruth. La muchacha todavía estaba temblorosa, por la conmoción que había experimentado al ver a Kup Ma agarrando a Drek y temiendo que este se revolviera.

—Y bien. Ya hemos terminado otra pequeña etapa —comentó Drek con aire indiferente.

Ruth no contestó. Sentada en un peñasco, con las piernas cruzadas, quedó pensativa.

La caravana se puso en marcha. La columna empezó a zigzaguear, siguiendo una pronunciada pendiente. Los guerrilleros permanecían un poco apartados, en actitud vigilante.

Emprendieron la ladera de un monte. Allá arriba ya se encontraban Kup Ma y algunos subordinados. Los prisioneros, exhaustos, con la joroba de la carga, daban una estampa grotesca y a la vez desoladora.

—¡Drek! —llamó de pronto Ruth.

Él se volvió.

—¿Qué?

—Nos hemos olvidado de Jake Baxter.

—¿De veras? —preguntó Drek, humorístico.

—¡Yo no lo he olvidado un solo momento! ¡Y creo que al final de esta ruta lo hemos de encontrar...!

Drek se colocó al lado y durante un trayecto marcharon callados.

—¿Qué te hace pensar que Jake Baxter nos espera? —inquirió Drek.

—Las enigmáticas palabras de Kup Ma, cuando le dijo a Grid que esperaba que ella también encajara bien las sorpresas.

Detrás de ellos estalló una carcajada. Grid se había acercado sin que se dieran cuenta.

—¡Qué tontería!... ¿Todavía no han advertido que todo esto es una farsa? Tan pronto lleguemos al campamento, Kup Ma tendrá que humillarse ante mí, al exponerle yo al que está por encima de él, el desconsiderado trato que me ha dado.

Se colocó entre Drek y Ruth, con la mirada fija en un punto distante. Parecía estar sola, embriagándose en su furia.

—Kup Ma ha adoptado una «pose» ridícula —señaló la columna de prisioneros, con su pesada carga a cuestas—. Cree que lleva un buen botín, especialmente de municiones, que es lo que más precisan... ¡Solo cuando nos encontremos delante de sus superiores sabrán la verdad! ¡El burdo engaño de que han sido víctimas!

¿No está asustado, capitán?

—¿De qué?

—De que se descubra que esos cartuchos no sirven.

—¿Usted sabe que no sirven?

—¡Ya es inútil disimular!... ¡El destino de esas cajas ha sido seguido por subordinados míos, desde que fueron desembarcadas en Bangkok!

Drek hizo un gesto de cómica sorpresa.

—¿Tanto poder tiene su organización de espías?

—Ya lo ve.

—Comprendo. Los clubs nocturnos donde usted actúa, son como unas lámparas a las que acuden aturdidos insectos... Por suerte yo he tenido al lado una belleza tan fuerte como la suya, que ha podido equilibrar su poder de seducción —contestó Drek, en tono marcadamente irónico.

Grid palideció y dio un paso adelante para poder observar a Ruth. La periodista sonreía, divertida.

—¡Queda poco para que os sintáis satisfechos de haberos conocido! —dijo foscamente.

Siguió adelante. Drek se volvió a mirar al chino, que venía ahogándose.

—Vamos, Hu-Ling. ¿Por qué se pone aparte? Nada de lo que hablamos tiene importancia.

Grid se había detenido, de cara a los tres, y con las manos se esponjaba la roja cabellera.

Hu-Ling se quedó mirándola.

—Hace rato que te estoy deseando los mayores males, Grid. Y creo que mi deseo se está cumpliendo... Ni consigues tener ninguna influencia sobre el capitán Keast... ni creo que te hagas muchas ilusiones en la forma que te van a recibir al término de nuestro viaje.

Presiento que te han cogido en tú propia trampa.

La mirada que ella le dirigió, en vez de atemorizarle, todavía lo excitó más.

—Tú me has traído aquí para ponerme el lazo al cuello... Y si todo te hubiera salido mal, te habrías deshecho de mí, denunciándome como agente doble... Lo mismo que hiciste con Jake Baxter.

Era la primera vez que Hu-Ling demostraba conocer ese nombre.

Cogió a Grid de sorpresa.

—¡Imbécil! ¿No callarás?

—¡No! ¡Y se lo voy a decir al mismo Kup Ma!... ¡Tú eres de las que se prestan a un doble juego!

—¡Y tú no! —exclamó Grid, riendo fuerte.

Kup Ma parecía haber oído y les aguardaba entre unos peñascos. Les miraba con semblante risueño.

—¿Cansadas? Ya queda poco —dijo, mirando a las dos mujeres—. Tras esa colina, nos vamos a dividir en dos grupos. Los que llevan carga se irán por un camino. Ustedes y unos cuantos que han de quedar con nosotros, podrán marchar al campamento por un camino más corto. Yo mismo me encargaré de acompañarles.

Un rato más tarde, entre los que fueron separados para seguir al grupo de Drek, se encontraban los doce hombres que estaban esperando órdenes para rebelarse...

Kup Ma se había unido al grupo como un elemento más. Allá detrás seguía la patrulla de guerrilleros, desplegada en arco, cubriendo la retaguardia.

La manera con que se comportaba Kup Ma no podía ser más conciliadora.

—Es la primera ocasión que tengo de que representantes de ejércitos occidentales puedan presenciar unas maniobras de mi unidad —dijo Kup Ma.

—¿Ejércitos occidentales? Se referirá solamente al de mi país —observó Drek.

—Oh, no. Entre esos hombres que nos siguen hay dos británicos, un australiano... Puede que alguna otra nacionalidad. No he tenido tiempo de averiguarlo, ni me importa demasiado... Van ustedes a ver unas maniobras. Bien modestas, pero confío en que se harán cargo de las dificultades con que tengo que enfrentarme... Ahí, en la otra vertiente, haré que desplieguen unos cuantos grupos.

Tras una pausa, añadió:

—Quizá hagan algún ejercicio de tiro. Eso nos servirá para probar las municiones que ustedes, los occidentales, han tenido la gentileza de facilitarnos.

Grid, situada a corta distancia, miraba con demoníaca alegría a Drek.

Tan pronto pudieron mirar a la otra vertiente, se encontraron con que les esperaban centenares de guerrilleros, desplegados en dos anchas filas, dentro de las cuales se habían situado los prisioneros.

Obedeciendo órdenes, los prisioneros habían dejado los fardos en el suelo, y uno tras otro iban pasando ante dos guerrilleros que, con movimientos rápidos, los cacheaban.

Todos iban reuniéndose en grupo fuera de las dos filas de guardianes.

Kup Ma, Drek y el resto del grupo se habían detenido en la cima y observaban en silencio.

—Ahora esos hombres quedarán libres —dijo Kup Ma—. Es muy posible que todos echen pestes de nosotros... ¡Pero qué se le va a hacer! ¿Usted os exterminaría? —preguntó, dirigiéndose a Drek.

—Yo quizá hubiera empezado por no molestarlos. Son meros viajeros, que nada tienen que ver. Elementos civiles, de eso no cabe la menor duda...

—¿Y qué? Mire usted a estas dos damas. Y a Hu-Ling. Civiles los tres... ¿Los considera al margen de cuanto ocurre en mi país?

Drek guardó silencio. Kup Ma lo había preguntado en un tono que daba a entender que renunciaba a la respuesta.

Los fardos habían pasado a manos de los guerrilleros. Los que contenían municiones fueron destapados, Kup Ma se separó del grupo de Drek y fue a presenciar la operación de más cerca. Dio órdenes, y de algunos paquetes se llevaron peines repletos de cartuchos.

Los estuvo mirando unos momentos y luego fue llamando por su nombre a algunos guerrilleros. Estos, al llegar ante su jefe, vaciaron de balas el fusil que llevaban y enseguida lo llenaron con la nueva munición.

Ninguno de estos detalles escapó de la mirada de las dos mujeres. Ruth únicamente sabía lo que Drek le había dicho: que aquellas municiones eran «deficientes». Y muy afectada, se volvió para mirar a Drek.

—¿Qué darías por que yo impidiera que Kup Ma compruebe el engaño? —preguntó Grid, al darse cuenta de la ansiedad que reflejaba la mirada de Ruth.

—¡Yo, nada... porque dudo que tú puedas influir sobre Kup Ma!

—¿De veras? —en aquellos momentos los ojos de Grid eran acero bruñido—. ¡Ahora verás...!

Un pelotón, el que había cargado las armas con los nuevos cartuchos, aguardaba en mitad de la vertiente, a la espera de órdenes.

Drek fue el primero en darse cuenta de lo que el enemigo se proponía. Los que iban a hacer la prueba los tenía delante, a su izquierda. Detrás se habían colocado otros guerrilleros, coronando la cima.

Con ellos se encontraba ahora Kup Ma. En sus ojos había un brillo extraño que producía escalofríos, les miraba insistente y en su boca se insinuaba una sonrisa aviesa.

Drek comprendió. El jefe de los guerrilleros temía que al probar los nuevos cartuchos, los fusiles estallaran. Y lo dijo:

—Grid, los fusiles que nos apuntan desde ahí arriba, no creo que

distinguiendo entre usted y nosotros... ¿Se ha dado cuenta?

Grid quedó lívida al ver a aquellos guerrilleros situados unos metros más arriba, con el fusil dispuesto. Sus miradas eran duras. El silencio amenazador. Y sobre todo, la fría sonrisa de Kup Ma, empujaron a Grid hacia la cima.

—¡Yo no, Kup Ma! ¡Yo no!

Se arrojó a los pies del jefe de los guerrilleros.

Kup Ma permaneció inmóvil, sin mirarla, como si ya tuviese prevista aquella reacción. Tal vez se extrañaba de que Drek y sus demás acompañantes no hicieran lo mismo.

—¡Kup Ma! ¡Esas municiones son una trampa! —declaró Grid.

El asiático acentuó la sonrisa.

—¿Una trampa? ¿Para quién?

—¡Para vosotros! ¡Esas municiones no valen!

Kup Ma no replicó. Se limitó a levantar una mano, mirando al pelotón que iba a efectuar la prueba. Estos, casi todos al mismo tiempo, levantaron el fusil.

Se produjo un silencio de intenso dramatismo. Todos miraban hacia el pelotón. Grid misma, sentada en el suelo, con los ojos todavía llenos de lágrimas, miraba también.

Sonó una descarga. En la vertiente opuesta a la del pelotón saltaron algunas piedras. Se advirtió claramente el silbido de las balas y el chasquido contra la roca.

Nada anormal había ocurrido. Los guerrilleros que habían disparado mantenían todos el fusil en posición horizontal, la culata apoyada contra el hombro.

Kup Ma ordenó otra descarga. Enseguida otra, hasta agotar el peine.

Mandó cargar, de nuevo. Cada individuo estaba provisto de unos cuantos peines de la nueva munición. Kup Ma esperaba que una de tantas balas anunciase la «anormalidad».

Pero fue en vano. Cada descarga era una afirmación de que todo estaba en orden.

Kup Ma dio por terminada la prueba. Restablecido el silencio, el jefe estuvo unos momentos en actitud pensativa.

De todos los presentes, Grid era la que parecía decepcionada. Poco a poco había ido incorporándose, todavía con el semblante demudado, observando a su alrededor con mirada extraviada, como si no supiera en realidad qué ocurría.

Kup Ma parecía haberse olvidado de ella. Empezó a descender la vertiente, lento, dando pruebas de estar preocupado.

Todavía cuando estuvo a un paso de Drek, continuaba mirando al suelo, como si allí esperase encontrar la respuesta a algo que parecía inexplicable.

—Bien, capitán Keast: ¿Se da cuenta del riesgo que han corrido todos ustedes? —preguntó.

—Me di cuenta en la estación, donde llené de café el termo.

Lo contestó sin apenas pensarlo. Y de pronto la idea le pareció más clara, más convincente. Era el mismo Kup Ma quien le daba punto de apoyo.

—¿En la estación? —preguntó el guerrillero.

—Usted midió el tiempo que estuve hablando con el mayor Hoey.

—Sí. ¿Qué tiene eso que ver?

—Admita que en los occidentales no todo son torpezas. Yo también me di cuenta de que era espiado, y sin que el mayor Hoey se diera cuenta, señalé a los soldados otras cajas que las que teníamos que llevar en el tren. Si sus espías le enviaban informes detallados, compruebe si los envases son los mismos que vieron en Bangkok.

Era un golpe maestro. El cambio de envases se había hecho por sugerencia de Drek, cuando todavía se encontraban, él y Ruth, en Rangún.

Ahora veía que era el toque decisivo para que Kup Ma dejara de desconfiar de aquellas municiones.

—Si sabía que era espiado ¿no hubiera sido mejor no proseguir el viaje? —preguntó Kup Ma.

—No podía hacerlo. Tenía que acompañar a esta señorita.

—Entonces, ¿para qué traer las cajas?

Drek señaló a Grid.

—Importaba que esa señorita nos siguiera.

Kup Ma lo miró atentamente. La serenidad, el gesto risueño que Drek mantenía, le intrigaban.

—Pero, ¿piensa usted que va a ser una grata excursión? ¿Qué espera usted que haga con ustedes?

—La misión que esta señorita y yo llevamos interesa a usted tanto como a nosotros.

—¿De veras? ¿Van a proponerme un plan de guerra, que eche a todos los condenados occidentales al mar?

—No. Pero sí podemos desenmascarar a un agente que ha estado traficando con ustedes y con nosotros. Puedo mencionarle varias operaciones en Laos y en el Vietnam del Sur, y aquí en Birmania, donde partidas de guerrilleros han sufrido descalabros debidos a informes que se recibían de elementos infiltrados en sus filas. ¿Quiere que le recuerde algunos tropiezos que usted ha tenido?

Kup Ma cada vez lo miraba más intrigado.

—A ver...

—Hace unos meses, al norte de Mawk-Mai, un grupo de sus guerrilleros acudió a un punto donde esperaba recoger muchas provisiones. ¿Cuántos escaparon?

Kup Ma pareció estar oyendo la tromba de aviones de horas antes y gritó:

—¡Ninguno...! ¡Fue una emboscada!

—Lo curioso es que la preparó quien seguramente comparte su comida.

—¿Quién?

—Jake Baxter.

Ruth estaba tan impresionada como el jefe de los guerrilleros. Ella creía que Drek estaba inventando, para ganarse la confianza de Kup Ma, y esto la angustiaba pensando en el momento en que todo se pusiera en claro.

—Si ha mentido... tendrá, tiempo de arrepentirse, capitán Keast —dijo el jefe—. Existen agonías muy largas...

Grid y Hu-Ling permanecían juntos, los dos igualmente inmóviles, como petrificados.

—Al meterme en esta misión sabía a qué me exponía.

—¿Y cuál, es, en definitiva, su misión?

—Descubrir los resortes que emplean seres como Jake Baxter, Grid, o Hu-Ling... En el momento oportuno, no tendré inconveniente en señalarle servicios realizados por ellos en favor nuestro, como otros en sentido contrario... Parece que en estos últimos Baxter desconfiaba de nosotros y trata de afirmar su situación en el bando de ustedes. Fue a raíz de que el comité internacional pareciera dispuesto a imponer la paz en Daos...

Al oír esto el rostro de Kup Ma adoptó una expresión amarga. Se quedó mirando a lo lejos:

—¡La paz...! ¡No la habrá! ¡Mi pueblo duerme!

¡Tardará en haber paz!

Como un eco a sus palabras, en el espacio empezó a concretarse el temblor de otra avalancha de aviación. Pero esta llevaba un ritmo distinto.

Eran aviones soviéticos, procedentes del norte. Y en el rostro de Kup Ma no se reflejó la alegría.

—¡No habrá paz...!

Por primera vez, algo muy hondo y humano fluyó de todo él: de su voz, de su gesto, de la manera con que miró al espacio.

Diríase que todo el dolor de su país torturado acababa de caer sobre él. Durante unos segundos, Kup Ma pareció más prisionero que ninguno de los presentes. Su mirada triste se deslizó sobre Hu-Ling, sobre Grid, sobre el agente yanqui, sobre los soldados vestidos de paisano...

Miró de nuevo al espacio, por dónde antes se precipitó la tromba de aviones norteamericanos; por dónde ahora iban los soviéticos.

En la tersa bruma no quedaban huellas de su paso.

Las profundas rodadas quedaban señaladas abaja, cubiertas por la selva, en el alma de un pueblo que todavía no había llegado a comprender su trágico destino, en la llaga de los caseríos incendiados...

Kup Ma miró por último a sus guerrilleros. Muchos de ellos

permanecían con la cara hacia arriba, tratando de descubrir el paso de los aviones. Y en casi todos los rostros se apreciaba honda alegría, fanática entusiasmo.

—¡No habrá paz...! —repitió, por último, con voz casi imperceptible.

Enseguida cambió de actitud. Apareció otra vez el jefe resuelto.

—Nos queda una etapa para llegar al campamento. Encárguese usted de su gente. Si ocurriera alguna tontería, lo haría a usted el único responsable.

—¿He de responder también de lo que hagan Grid y Hu-Ling? —preguntó Drek.

—Desde luego. Ellos seguirán con ustedes... Quiero darles la oportunidad de que se pongan de acuerdo.

Creo que es lo que más les conviene.

Kup Ma echó a andar. Pronto quedó a distancia.

Drek esquivó la asustada mirada de Ruth y se dirigió a Grid, sonriendo.

—Tiene usted ahora la gran ocasión para perjudicarme. De todas las tonterías que ustedes hagan, me harán responsable.

Grid Arlow había estado hasta aquel momento observándole, en ciertos momentos con admiración. La naturalidad y franqueza con que se había comportado ante Kup Ma la tenían muy impresionada.

Pero el despecho pudo más.

—Se equivoca, capitán, si piensa que voy a darle la oportunidad de que usted no llegue al campamento para responder de sus embustes. En las horas que nos faltan para llegar, haga porque Ruth sea condescendiente con usted. Luego será tarde...

Intentó un gesto conmisericordioso y al mismo tiempo burlón. Ruth no dio tiempo a Drek para que contestara.

—¡Grid...! Pero ¿qué es lo que piensas? ¡Pero si apenas nos dejasteis en Saigón... amé a Drek...!

Por si lo dudaba, rodeó el cuello de Drek y lo besó fuertemente en la boca, estrechando contra él su maravilloso cuerpo.

Fue aquel el momento más difícil para Drek: el disimular que estaba desconcertado por la inesperada caricia...

CAPÍTULO V

Acamparon durante la noche. Al amanecer reanudaron la marcha. Hu-Ling, el más grueso y menos entrenado, era el que más acusaba el cansancio.

Apenas ponerse en marcha, Grid se situó a un lado de Drek.

—Puesto que Kup Ma ha pedido que nos pongamos de acuerdo, seremos tontos si no aprovechamos la oportunidad. Le propongo un pacto...

—Un pacto con usted... ¿No sería tanto como meter la cabeza en un saco de serpientes?

Grid se mordió los labios. Miró atrás y sorprendió a Ruth, con la mirada fija en ellos. Grid iba a llamarla, pero lo que sorprendió en los ojos de la periodista la llenó de satisfacción. «¡Está celosa!», y a punto estuvo de prorrumpir en carcajadas.

—No rechace la mano que le tiendo, capitán Keast. Con ello no haría más que perjudicar la situación de sus compañeros.

Kup Ma había dejado a un gran número de guerrilleros y se había marchado, apenas acamparon ya de noche.

—A excepción de Ruth y Hu-Ling, los demás son militares y Kup Ma lo sabe —contestó Drek—. Él les dará el trato que merecen. Se está portando muy correcto.

—No se fíe —replicó Grid, en tono sombrío—. Esta corrección es solo una farsa. ¡Ya verá cuando estemos en el campamento! Conozco muchos casos semejantes... Les harán declarar todo cuanto se les antoje. Después los eliminarán...

Fueron un trayecto callados. Grid observó atrás disimuladamente y vio que Ruth cada vez se quedaba más rezagada.

—Recuerde la desaparición del coronel Clyde y de su ayudante.

Drek disimuló. El destino de esos dos hombres era uno de sus objetivos. Ni una sola vez los había aludido. Y Grid misma planteaba un tema que tanta importancia tenía para los espías, de un bando y otro.

—¿Qué sabe de ellos? —preguntó, casi con indiferencia.

El coronel Clyde y su ayudante hacía unos ocho meses que habían desaparecido de Saigón, misteriosamente. Ambos estaban encargados de una de las secciones de información de la SEATO, la Organización del Tratado del Sureste Asiático.

—Sé que fueron trasladados al campamento de Kup Ma. Fueron obligados a revelar cuanto sabían. Y luego... reducidos al «silencio».

Que habían sido muertos era la convicción del Departamento. Pero

Drek simuló que dudaba.

—Quizá los encontremos vivos. También se decía eso de Jake Baxter...

—¡Le aseguro que no viven...! Las declaraciones del coronel y de su ayudante fueron la base sobre que Jake y yo montamos nuestra organización. Conocimos su sistema de claves y pudimos escudriñar todos los secretos de su Departamento. Y lo que es más importante: descubrimos los puntos vulnerables.

Drek hizo un gesto sardónico.

—Los puntos vulnerables... Los presuntuosos oficiales, yendo a los clubs nocturnos donde se exhibía la turbadora Grid Arlow. Conozco sus «triumfos».

—Y también mis derrotas, capitán. Con usted he fracasado... Bien es verdad que he tenido que luchar con una rival demasiado peligrosa —y volvió la cabeza, para mirar a Ruth.

La periodista iba casi de los últimos. Pero seguía con la mirada fija en ellos.

—Con ustedes harán lo mismo que hicieron con el coronel —prosiguió Grid—. A ustedes como a mí nos interesa no llegar al campamento. Ustedes, porque no volverán a salir de allí...

—¿Y usted? ¿No temerá enfrentarse con Jake Baxter?

—Sí. Por la forma que me ha tratado Kup Ma, he deducido que Jake me ha ganado la partida. Para afirmar su posición, Jake habrá revelado servicios míos que no me favorecen. Es la zancadilla que solemos darnos los agentes dobles...

En sentido contrario venían unos cuantos guerrilleros. Con ellos iba un occidental. Se reconocía enseguida por su estatura, y por su forma de andar.

Llevaba un sombrero de ala flexible, muy inclinado sobre la cara. Tenía una poblada barba, muy negra.

Grid, instintivamente, se detuvo, ahogando una exclamación. Drek siguió la espantada mirada de Grid y fue a dar en el hombre de elevada talla, que marchaba delante del grupo de guerrilleros.

—¡Es Jake...! —murmuró Grid.

No llevaba armas, pese a que parecía mandar en el grupo. Al llegar a los primeros que custodiaban el grupo de prisioneros, cruzó unas frases con ellos, en la difícil jerga y se metió por entre las dos filas de guardianes.

—¡Quietos...! ¡Sin explosiones de cólera ni alegría...! ¡Frialdad, Grid! Somos «enemigos»...

Esto fue dicho por el hombre de la barba, mientras avanzaba hacia ellos, sin mirarlos.

A dos pasos, se detuvo y levantó la cara. Por primera vez, Drek vio a Jake Baxter. Era el prototipo del aventurero, de fuerte contextura, audaz, con vista de águila. Sus ojos negros permanecieron unos instantes fijos en

los de Drek. Enseguida levantó la mirada, para observar a la muchacha que iba casi de los últimos, al lado de Hu-Ling.

A Grid la esquivó. Se colocó en medio de los dos y dio una voz a los guardianes, que se habían detenido, y la columna prosiguió la marcha.

—De un momento a otro aparecerá Kup Ma... He salido del campamento sin verle. Anoche descifré los mensajes que enviaba a distintos jefes para que acudieran a su campamento. Les anunciaba una buena función... Me he dado cuenta enseguida que has hablado, Grid. Bien... Todos estamos en la misma hoguera... Capitán Keast: Tan pronto Kup Ma se entere que he salido, habrá echado tras de mí. Apenas disponemos de unos minutos...

—Pero ¿usted no es aquí «alguien»? —preguntó Drek, con ironía.

—Aquí nunca somos nadie. Siempre estamos sobre la cuerda floja...

—Observo que no lleva armas.

—Me conceden libertad de movimientos a condición de que vaya desarmado. En mi pierna izquierda llevo una «browning», sujeta a la pantorrilla. En mi pierna derecha, un cuchillo... Puede ser mucho si hay decisión.

—Puede ser mucho —contestó Drek, sin abandonar el tono irónico, para prevenirse de cualquier sorpresa.

Pero intuía que Jake Baxter estaba jugando limpio, impulsado por el terror.

—Suponiendo que consiguiéramos abrimos camine, y escapar... ¿Qué espera usted de nosotros? —preguntó Drek.

Una vez en cualquier ciudad, Jake Baxter tendría que enfrentarse con una maraña de agentes.

—Solo quiero imponer una condición: Tan pronto lleguemos a zona controlada por occidente, pido veinticuatro horas de tregua. Tan pronto termine el plazo pueden iniciar la persecución.

—Por mí parte, aceptado... Es más, haré que esa condición la conozcan mis compañeros. Es casi seguro que la aceptarán... Pero no se haga muchas ilusiones, Baxter. Está jugando a cartas malas. Mire a Grid. Está aterrorizada... Hace unos momentos me estaba también proponiendo un pacto... ¿Es que no quieren dirigirse la palabra?

El tono no podía ser más superficial. Sin embargo, Drek sabía que se estaba jugando la vida de los que iban con él.

—Lo que Grid y yo tengamos que decirnos... habrá ocasión de hacerlo —contestó Baxter, sordamente—. ¡Ahí está Kup Ma...! Prepárate, Grid. Voy a golpearle... Kup Ma sabe que te odio... Si se acerca él, usted decidirá el camino a seguir, capitán Keast.

En unos segundos Drek decidió todo: el lugar donde tenía que producirse el chispazo, y el momento en que debía ocurrir.

—¡Espere! A nuestra derecha... Hay peñascos y árboles...

Se desviaron. Jake Baxter había cogido de un brazo a Grid, y había prorrumpido en insultos. Durante unos instantes ella no le secundó, tan aterrorizada estaba por lo que iba a ocurrir.

Luego, al sentir la mano de Jake sobre su cara, gritó:

—¡Tú venderías a tu propio hermano...! ¿Cómo te atreves a acusarme...?

En los golpes no había engaño. Porque entre los dos existía verdadero odio. Golpeándola, Baxter la había empujado al centro de los peñascos. La columna se había detenido, todos mirándoles.

Grid cayó al suelo, con sangre en el rostro.

—¡Déjela en paz! —gritó Drek, después de haber cambiado una mirada con los doce hombres que aguardaban órdenes.

Jake Baxter de irguió ante Drek.

—¡Y ahora te tocará a ti...!

Drek disparó antes su puño izquierdo. Y en este golpe nada había de simulacro. Las mandíbulas de Baxter parecieron crujir. Retrocedió, soltando un alarido, los ojos inyectados en sangre.

Drek, mientras permanecía con los puños levantados, observaba a sus compañeros. Todos iban acudiendo a los peñascos.

Los más rezagados eran Ruth y Hu-Ling. La muchacha había adoptado una actitud de desconcertante indiferencia. Les miraba sin ocultar que aquello no la afectaba.

Y fue ella quien tuvo la mejor oportunidad. Kup Ma se le acercó, sonriente. Le preguntó algo y la muchacha hizo un gesto despectivo.

Kup Ma sabía leer en los ojos. Y sin imaginarlo Ruth, con su despecho acababa de ahuyentar de la mente del guerrillero un asomo de recelo.

Con su pistola ametralladora apoyada en un costado, dio rápidas zancadas hacia donde se encontraban Drek y Baxter.

—¡No es aquí donde se ha de dar la «función»! —gritó.

Fue en el momento en que Baxter, recostado contra un peñasco, se disponía a embestir contra Drek. Pasó corriendo por su lado, al tiempo que Drek daba un salto de costado y caía sobre Kup Ma.

Pareció, que un coletazo de viento sacudía a toda la columna. Los prisioneros se esparcieron, colocándose tras las rocas.

Ruth reaccionó y, cogiendo a Hu-Ling de un brazo, casi lo llevó a rastras, hasta dejarlo tras un peñasco próximo, donde habían quedado Baxter y Grid.

Dos «militares» cayeron sobre Baxter, cuando este se subía las perneras y quedaban al descubierto la «browning» y el cuchillo.

Los guerrilleros habían levantado el fusil, apuntando al sitio donde se debatían Kup Ma y Drek. Se oyeron dos chasquidos de la pequeña pistola.

Dos guerrilleros se desplomaron, con la frente atravesada, en el momento en que se situaban dónde estaban Baxter, los dos soldados y las

dos mujeres.

Baxter y un soldado cogieron los fusiles y se pusieron a disparar contra los que tenían más cerca.

La pistola ametralladora había funcionado por dos veces, todavía en poder de Kup Ma, mientras forcejeaba por soltarse. Pero Drek buscaba poderlo utilizar de escudo, y por fin consiguió pasarle un brazo por el cuello.

—¡Suelte la pistola! —le conminó, con la boca pegada a una oreja de Kup Ma.

No tenía más remedio que hacerlo, porque lo estrangulaba. Se hizo con la codiciada arma, y con el otro brazo, rodeó la cintura del guerrillero. Teniéndolo así cogido, se puso a girar, haciendo disparos.

Los guerrilleros que se encontraban a corta distancia de las rocas, se agacharon.

La feroz lucha se había desarrollado en un estrecho reducto, erizado de puntas de roca. Drek tenía un corte en un lado de la cabeza.

Kup Ma tenía el rostro lleno de sangre.

—¡Kup Ma! ¡Dé orden de que cese el fuego!

El guerrillero parecía aturdido y no le oyó. Por momentos el estruendo de disparos era más fuerte. Los compañeros de Drek habían entendido su plan, e iban arrastrándose, hacia las rocas donde estaban las mujeres. Aquellos peñascos ofrecían pocas posibilidades para una larga defensa.

Pero el plan de Drek no era aguantar tras los peñascos.

—Hace horas que nosotros lo hemos dado todo por perdido —dijo Drek, así que se reunió con los compañeros—. Tanto nos importa morir aquí que en su campamento, Kup Ma... Dé orden de que cese el fuego y busquemos un acuerdo...

Esto pareció divertir a Kup Ma. Se pasó el dorso de una mano por la cara, para quitarse la sangre, y sonrió.

—¿Un acuerdo?

—Sí... Usted y sus guerrilleros nos acompañarán hasta que vaya a oscurecer...

—¿Y entonces?

—Cada uno quedará en libertad...

—¿En libertad ustedes? —Kup Ma inició una carcajada.

De pronto los ojos fulgieron, encendidos por una furia infernal.

—¡Nadie escapará! ¡La selva es mía...! ¡Y nada ganarán con matarme!

—¿De veras? Sus guerrilleros no serán nadie, sin usted, Kup Ma. Es usted quien los conduce de victoria en victoria... excepto en la operación de Mawk-Mai, porque hubo traición...

Los ojos de Kup Ma se dirigieron a Jake Baxter.

Este permanecía agazapado tras una roca, observando a los guerrilleros.

Kup Ma escupió en la dirección en que se encontraban Baxter y Grid.

—Ninguno se separará... Son muchos jefes los que se encuentran en camino, para aclarar descalabros como el de Mawk-Mai —miró a Drek, con burlona curiosidad—. Ya ve: Aunque consiguiera convencer a mis hombres para que les dejaran paso libre, otras partidas se encargarían de cercarlos.

—No importa.

—Porque usted confía en sacarles mucha ventaja en estas horas. Pero tenga en cuenta que toda mi fuerza echará tras de nosotros, tan pronto advierta que no regresamos...

—No me preocupa.

Al contrario: era lo que más ocupaba su atención, el que la fuerza de Kup Ma les siguiera. Deseaba que todos los guerrilleros, con la impedimenta, echaran tras ellos.

—Como quiera... A mí me gustan los espectáculos. La selva suele ser aburrida... ¿Puedo hablar a mis hombres?

—Puede. Pero no olvide que entre nosotros hay quien le entenderá perfectamente —contestó Drek.

Baxter, quizá el mismo Hu-Ling, entenderían el dialecto con que Kup Ma podía dirigirse a sus subordinados.

—No hay cuidado —contestó el guerrillero.

—Preste atención, Baxter... Y usted, Hu-Ling...

Ni el chino ni Baxter contestaron. Ruth permanecía ensimismada, los ojos muy brillantes. Solamente, cuando Drek no podía verla, lo miraba.

Grid estaba entre los soldados, encogida, temblando.

—Juego limpio, Kup Ma —recordó Drek.

—¿Usted lo cree posible? —dijo el guerrillero, con agorera ironía.

—Asume medio cuerpo. Que le vean... ¡Y hable...!

Kup Ma lo hizo. Drek miraba a Baxter y al chino. Fue Hu-Ling quien se volvió de cara a Drek, asustado.

—¿Qué ocurre?

—Está diciendo a su gente que toda la fuerza viene detrás de nosotros.

—Eso ya me lo ha dicho él mismo.

Kup Ma había callado, para escucharles.

—Continúe —le dijo Drek.

Kup Ma prosiguió, hasta que Drek volvió a hablar, dirigiéndose ahora a Baxter:

—¿Expone las condiciones del pacto?

—Sí. Que al anochecer lo soltarán... ¿Es que piensa cumplir esa condición?

—¿Usted no lo haría?

—Ni Kup Ma tampoco.

—Les estoy oyendo —observó el guerrillero.

—¡No me importa! —gritó Baxter, poniéndose de pie dispuesto a lanzarse sobre él—. ¡Es hora de que ajustemos muchas cuentas...!

Drek dio un salto y se colocó casi encima de los dos, apuntándoles con la pistola ametralladora.

—¡Acribillaré al que se mueva...!

Los dos estuvieron quietos.

—Siga, Kup Ma... Y dígales que dejen una docena de fusiles, y cartucheras.

—¡Oh, sí! —exclamó Kup Ma, con ironía—. Les serán muy útiles esos fusiles... ¿Quiere que en las cartucheras haya munición de ustedes? Ya sabe que esos cartuchos sirven...

—No estaría de más —contestó Drek—. No me fío de los cartuchos de otros.

—¡Qué tontería! —rio Kup Ma—. Casi toda nuestra munición procede de las mismas fábricas. Su país es nuestro arsenal —y volvió a reír.

Drek celebraba que Kup Ma sintiera ese golpe de hilaridad, porque así podría no captar algo que Drek no estaba seguro de no haber reflejado en su mirada, al oír lo de los cartuchos cogidos en el tren.

Fue una sorpresa demasiado grata, el que el mismo Kup Ma mencionara esa munición, para que Drek pudiera permanecer todo lo impasible que la situación requería.

Por suerte el guerrillero no reparó en ello. Y Drek no se atrevió a insistir en el asunto.

El jefe de los guerrilleros habló a sus subordinados y cuando terminó, aparecieron dos individuos cargados con fusiles. Los dejaron cerca de las rocas y se retiraron.

Aparecieron otros dos, cargados con cartucheras.

—¿Todo conforme? —preguntó Kup Ma.

—Una vez hayamos revisado las armas —contestó Drek.

De hacerlo se encargaron los «militares». Entre ellos había, efectivamente, dos británicos y un australiano. Los demás eran compatriotas de Drek.

—Siento no poderles ofrecer cartuchos «deficientes» —dijo Kup Ma, por momentos más irónico. Las cajas vienen atrás. Si nos alcanzan, se podrá remediar...

Que las cajas les siguieran importaba mucho. Era la única salida que el grupo de Drek tenía.

—A partir de ahora, usted irá en medio de nuestro grupo —dijo Drek—. Al menor intento de sus subordinados de atacarnos, el primer disparo nuestro irá a su cabeza. ¿De acuerdo, Kup Ma?

—Ellos no harán nada. Les he mandado que se limiten a seguirnos... Y voy a poner a prueba su palabra, capitán Keast. Su temple de nervios ha llegado a impresionarme. Veremos si su «honor» de caballero occidental queda a la altura de su valor.

—No le entiendo.

—Me refiero a lo que Baxter dijo antes. ¿Usted cumplirá su promesa de soltarme?

—Tan pronto anochezca —contestó Drek.

Momentos después se daba la orden de marcha.

* * *

Cuantas veces intentó Drek acercarse a Ruth, ella le esquivó hábilmente, siempre pretextando algo que requería su atención.

Se notaba que no solamente estaba irritada, sino que se había convertido en un ser tan agresivo como horas antes pudo serlo Grid.

A media tarde hicieron alto en un claro de la selva. Lo molesto de aquella situación era que no podían situarse aparte, pues convenía estar siempre agrupados, ya que tenían a su alrededor a un hormiguera de enemigos, ocultos por la espesura.

Si Drek obligaba a Ruth a que le explicara su cambio de humor, todos, principalmente Grid, les oírían.

No quería darle a Grid un motivo para que se alegrara de que las cosas no marchaban entre ellos tan de acuerdo como habían proclamado varias veces.

El grupo se mantenía cada vez más silencioso, a medida que el día se acercaba a su fin. Drek los observaba y comprendía que estuvieran deprimidos. Él sabía algo que los otros ignoraban: que había una posibilidad de salida, si todo marchaba como estaba planeado.

—¿No seguimos? —preguntó Kup Ma, cuando ya hacía mucho tiempo que estaban acampados.

—No. Aquí esperaremos la noche —contestó Drek.

—Ya está muy cerca —el guerrillero miró a la espesura—. ¿Qué ventajas espera encontrar en la selva? ¡Aquí somos nosotros los que tenemos todas las ventajas...! ¡Nunca conseguirán deslizarse como nosotros, sin producir el menor ruido, sin siquiera mover una hoja...! ¡La selva es nuestra! —concluyó, a voz en grito.

—Lo reconozco. Frente a ustedes, en la selva, siempre tenemos fracasos...

—¿Y ahora confía en escapar?

—Yo he trazado el rumbo. Cerca de aquí tenemos una meseta. Aquello no es selva. Si intentan atacarnos, les oiremos...

El jefe de los guerrilleros se quedó mirándolos, como divertido y dijo:

—Lamentaré mucho no poder presenciar el interrogatorio. ¿Por qué no lo inicia ahora? No estando yo presente, Baxter le mentirá.

—Lo que usted debe hacer es ordenar a su gente que traiga dos cajas de cartuchos. Dos cajas cuyos precintos estén intactos.

Un rato después, Kup Ma presenciaba cómo los compañeros de Drek

vaciaban sus cartucheras y se proveían de la nueva munición.

—¿Qué tienen esos cartuchos? —preguntó Kup Ma.

—Me sorprende que lo pregunte, cuando lo primero que usted hizo fue probarlos. Para nosotros tienen lo mejor que en estos momentos podemos desear: la garantía de que funcionan...

CAPÍTULO VI

De pie siguieron los dos juntos, en tanto los últimos del grupo se deslizaban amparándose en el reguero de rocas que conducía a un extremo de la meseta. Nadie más aparecía en la cima de aquella loma, que pronto sería borrada por la noche.

Baxter se incorporó.

—¡Mientes, perro!

—¡Quieto! —ordenó Drek. Y mirando a los «militares», los únicos, a excepción de Drek, que llevaban armas, dijo—: Sujétenlo... Y a partir de ahora, la menor insubordinación será contestada con un disparo a la cabeza.

Kup Ma estuvo mirándolo atentamente.

—Con la seguridad con que usted se comporta, cualquiera creería que de veras piensa salir del cerco.

—Saldremos, Kup Ma... Y tendrá usted ocasión de lamentar haberse encontrado con nosotros.

El jefe de los guerrilleros quedó, unos momentos como vacilando.

—Parece usted insinuar... que al asaltar el tren caí en una trampa...

—Así ha sido. Ya ve cómo ha dado resultado... A nosotros nos interesaba esclarecer la desaparición del coronel Clyde tanto como exterminar organizaciones de espionaje sometidas a la dirección de seres como Jake Baxter o Grid. Lo mismo que Baxter ha revelado a ustedes todas nuestras artimañas, dirá las que sabe de ustedes...

—¡Esto es una perfidia, capitán Keast! —rugió Jake Baxter—. ¡Usted ha convenido conmigo...!

—No se preocupe, Baxter. Usted quedará «libre» durante veinticuatro horas; tan pronto usted lo desee... Pero de aquí al momento en que usted me pida que lo dejemos, habrá tiempo suficiente para que «hablemos». Eso podrá ser tan pronto nos separemos de Kup Ma...

—Toda mi gente está siguiéndonos. ¿No se ha dado cuenta?

—Sí...

Kup Ma soltó una apagada risa, mirando fijamente a Drek.

—No lo hará... Con doce o catorce fusiles, no podrá abrirse camino.

—Lo haremos, si tengo suficiente munición. Y usted va a proporcionármela. Me dará dos cajas...

—Y cuatro si quiere. Incluso de la «buena». Ahora ya podemos echar mano...

—De acuerdo —contestó Drek—. Pero precisará comprobar que los precintos de las cajas no han sido quitados.

—¿Qué es lo que teme?

—Que usted haya dado órdenes a sus subordinados para que las municiones no sirvan. Ha insistido usted demasiado en las municiones que nos cogieron en el tren.

Kup Ma se echó a reír.

—De acuerdo.

—Hablemos ahora del coronel Clyde y de su ayudante...

Kup Ma hizo un gesto de alarma y miró a Baxter. Este se encontraba cerca de Grid, escuchándolos intrigado.

Fue Grid quien intervino, con súbita furia:

—¡Le he dicho todo al capitán...! ¡Los matasteis, después de «exprimirlos»...!

Kup Ma sonrió.

—¿Y eso les molesta? —miró a Baxter—. Nunca le oí que lo lamentara... Usted les preparó la trampa.

En la meseta había ya armas apuntando a la linde de la espesura donde debían estar los guerrilleros. De un lado y otro se vigilaban.

Había llegado el momento en que aquellos dos hombres tenían que separarse. Los dos tenían que recorrer casi la misma distancia, cada uno en un sentido.

—Cuando usted quiera, Kup Ma —dijo Drek, cuando vio situados a los rezagados.

—Todavía no estoy convencido de que va a dejarme marchar. ¿No me disparará alguno de sus compañeros?

—No.

—Entonces, ¿por qué me deja?

—Usted se comportó correctamente con nosotros. Yo le he dado palabra de soltarlo...

Siguió un silencio, durante el cual permanecieron mirándose.

—Bien —dijo Kup Ma—. Pero tan pronto cierre la noche...

—Lo que entonces haga cada uno, está fuera del pacto.

—Eso quería decirle... Ahora que ya no hay remedio, he de decirle que han cometido un grave error. Yo al traerlos a mí campamento, solo pretendía canjearlos por prisioneros nuestros.

—Muy amable, Kup Ma —contestó Drek, con un matiz irónico—. Pero preferimos correr nuestra suerte, decidida por nosotros mismos. Les hemos quitado a Jake Baxter, que era nuestro principal objetivo.

Recalcaba esto, para que el guerrillero no buscara otros motivos. Kup Ma cayó en el engaño.

—Lo que ese cerdo les revele no servirá de nada, puesto que ninguno de ustedes escapará...

Ya el día estaba engullido por la noche. Pronto sería difícil distinguir obstáculos situados a muy pocos pasos.

—¡Ahora! —dijo Drek, esfumándose en la oscuridad.

Al mismo tiempo desaparecía Kup Ma. Se oyó el rodar de alguna piedra. Pero enseguida se hizo un total silencio.

Siempre en marcha ascendente, tenían que alcanzar la cima del monte antes de que el día abriese.

El que todavía no hubiesen tenido ningún tropiezo, ni hubiesen advertido nada anormal, inquietaba al grupo, en vez de tranquilizarlo.

Los guerrilleros conocían perfectamente el terreno. Era seguro que apenas abandonar Drek la meseta, se habían precipitado a ocupar las salidas del valle.

—¡Quieren jugar al gato y el ratón! —clamaba Hu-Ling.

—¡Cállese! —le mandaba cualquiera de los doce hombres que obedecían a Drek.

En ningún momento, advirtieron nada sospechoso. En vano se detuvieron varias veces, conteniendo la respiración. Parecían estar atravesando una tierra muerta.

El viento, que durante el día anterior tanto les había acompañado, había cesado. El cielo era brumoso y no se advertía el picotazo de ninguna estrella a la que asir la mirada.

Tenían la sensación de que se arrastraban por un túnel en cuyo extremo les aguardaba una trampa. Durante horas y horas estuvieron siguiendo el rumbo que Drek indicaba. Algunas veces tuvieron que retroceder, para soslayar el precipicio que les salía al paso.

Drek creyó haber llegado al sitio donde hacer alto. Ya todos agrupados, antes de proponerles acampar, salieron cuatro a explorar los alrededores.

Comprobaron que se encontraban en una altura bastante abrupta y aislada.

—Aquí esperaremos el día... Muy cerca tenemos un gran valle —dijo Drek.

—Todo será que amanezca y nos encontremos metidos en una jaula —manifestó Baxter, agorero.

—Cualquier cosa es preferible a esta marcha con los ojos y los oídos tapados —comentó Hu-Ling.

Una vez montada la guardia, Drek fue a los peñascos donde estaba Ruth. Se echó a su lado.

Ella estaba, o se fingía dormida. Drek estuvo varias veces a punto de cogerla de un brazo y sacudirla, para que explicara qué le ocurría.

Pero frente a ellos estaban Grid y Baxter, seguramente mirándoles.

Drek hacía rato que necesitaba cambiar el vendaje que llevaba en la cabeza y hurgó en una de las bolsas en que llevaban utensilios de cura.

Acababa de quitarse la venda cuando sintió las manos de Ruth sobre las

suyas. Fue ella quien le anudó la nueva venda, y, sin pronunciar palabra, una vez terminado, volvió a echarse.

★ ★ ★

Al cerciorarse que se hallaban metidos en la niebla, pensaron que eso les favorecía.

Pero Drek no pensaba lo mismo. Esto sorprendió al grupo.

—¿Acaso espera la aviación? —preguntó uno de los británicos.

—Sí —contestó Drek.

Produjo efecto. Todos miraron con ansiedad.

—¿Tenía convenido el sitio en que habíamos de situarnos, en el supuesto de que escapáramos? —preguntó el australiano.

—Varios sitios... —contestó Drek, con propósitos de no concretar mucho.

Los doce «militares» sabían que no tenían que preguntar demasiado. Todos se encontraban en el tren con la misión de dejarse coger junto con Drek y Ruth... Tenían órdenes de ponerse incondicionalmente a su disposición, tan pronto el enemigo los apresara.

Todo eso ya había ocurrido. Tenían una ilusión de libertad. Ahora, ¿qué? Quedaban muchas millas de montañas y valles cubiertos de maleza hasta llegar a una de las principales vías de comunicación. ¿Conseguirían alcanzar alguna de ellas, con la esperanza de tropezarse con algún convoy militar?

Drek se daba cuenta de la ansiedad con que todos le miraban. De buena gana les hubiera explicado que tenían un secreto resorte para atraer fuerzas de socorro. Pero aparte de que ese resorte podía fallar, él no estaba autorizado para revelarlo a nadie, aunque la vida de algún compañero dependiera de ello.

Si el Departamento lo había escogido para esa misión era porque ya tenían pruebas de su entereza para situaciones donde no cabían sentimentalismos.

Dos que se hallaban de escuchas en la vertiente más accesible al enemigo regresaron con el semblante demudado.

—¡Vienen aquí! ¡Más de cincuenta he contado...!

—Ha perdido usted un tiempo que podíamos haber aprovechado para una retirada más pausada —contestó Drek, mostrando un gesto risueño.

Dio orden de recoger todo y abandonar aquella altura.

—¡Usted nos ¡leva a la muerte! —gritó Baxter.

—¡Yo no daré un paso más! —prorrumpió Grid.

—¡Ni yo! —dijo Hu-Ling.

Drek se quedó mirándolos, como divertido.

—¿Qué les pasa? ¿Es que han llegado a un acuerdo?

—¡Sí! —bramó Baxter—. ¡A usted le importamos nosotros! ¡Como no

sea a la fuerza no nos sacará de aquí! ¡Y si quieren moverse tendrán que transportarnos...!

Los doce «militares» se quedaron mirando a Drek, convencidos de que se estaba enfrentando con un difícil problema.

Ruth también lo miraba, pero no parecía preocupada.

—Muy bien. Ahora se darán cuenta lo que ustedes nos importan.

Drek echó delante, seguido por Ruth y los doce «subordinados».

—¿Por qué abandonamos esta altura? —preguntó Ruth, situándose a su lado.

—Porque el enemigo espera que rehuyamos la lucha en la espesura. Allí se creen los amos, y no confían en que acudamos... Pero ahora se van a encontrar con que nos metemos en la selva.

Todos esperaban que fuese una treta para asustar a Baxter, a Grid y a Hu-Ling. Si ellos no acudían al grupo, esperaban que Drek diera orden de ir a buscarlos.

Pero se encontraron con que Drek seguía adelante, sin volver una sola vez la cabeza.

—Pero... ¡van a caer en poder del enemigo! —exclamó Ruth.

—¿Y eso importa mucho?

—Te señalaron como misión traerlos a la retaguardia.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú lo has dicho.

—Se lo dije a Kup Ma, para que viera justificada nuestra «tontería» de seguir en un tren que sabíamos iba a ser asaltado.

—¿Y las revelaciones que ellos pueden hacer al Departamento?

—Interesa poco lo que ellos puedan revelar. A estas horas, muchos cómplices de Grid ya habrán sido detenidos en Saigón o en Bangkok. En cuando a Jake Baxter, ya has confirmado que vive. Los que nos acompañan serán tus testigos... Podrás publicar tus reportajes, y hablar de cómo murió el coronel Clyde...

Ruth creyó que aludía su profesión de periodista, con el propósito de molestarla. Y lo miró agresiva.

—¡No pensaba en los reportajes ahora...! ¡Estaba pensando en los padecimientos de los que nos siguen...! ¿Para qué han venido? ¡Quiero un motivo...!

—El motivo puede ser demostrar que se puede caer en manos de las guerrillas, y a pesar de ello conseguir burlarlas.

—¿Burlarlas? —Ruth emitió un grito. Enseguida se puso a reír, a punto de romper en llanto—. ¡Eso es macabro humorismo...!

Estaban ya muy cerca de la zona donde la vegetación formaba un intrincado laberinto. Era un retazo de selva.

Ruth quedó como clavada en el suelo, mirando la espesura con terror.

—¡Ahí nos esperan...!

—No importa —contestó Drek.

Ella le miró como si de pronto descubriera que Drek había enloquecido. Él iba a explicarle que allí estarían más seguros, cuando advirtió a dos guerrilleros, a su derecha.

Con la pistola ametralladora les dirigió una ráfaga y sin esperar a ver el efecto de los disparos, agarró de una mano a Ruth y la obligó a correr.

Ya en la espesura miró atrás. Los doce subordinados venían corriendo, con el fusil preparado.

Y atrás vio a Baxter. Después, a Grid. Y por último, a Hu-Ling, dando saltos.

Les disparaban desde la altura que acababan de abandonar. Hu-Ling cayó de bruces, luego de oscilar unos momentos, con los brazos desplegados.

Un compatriota de Drek fue alcanzado en un costado. Se encogió, soltando el fusil, aplicándose las dos manos a la herida. Pero enseguida recogió el arma y se metió en la espesura.

Quedaban Baxter y Grid. Baxter iba muchas yardas delante, Grid emitió un gemido y cayó de rodillas.

—¡A mí...!

Baxter no se volvió siquiera. Al contrario, corrió más, buscando la barrera de vegetación como si la selva fuese una salida segura.

Drek los había estado observando. Al ver que Baxter no retrocedía unos pasos para recoger a Grid, que trataba de incorporarse, escupió:

—¡Desleales hasta la muerte...! ¡Cúbranme...!

Ruth iba a gritar que se estuviera quieto. Pero enseguida se arrepintió. En este momento no sentía por Grid más que compasión.

Los subordinados se apostaron tras los árboles y empezaron a disparar hacia la altura que ocupaba el enemigo.

Grid había conseguido levantarse, antes de que Drek llegara, pero apenas ponerse de pie, acusó un fuerte estremecimiento. Acababa de recibir otro disparo. La bala le atravesaba de parte a parte. El pecho se le llenó de sangre. Tenía otra herida en un muslo...

Quedó oscilando, mortalmente pálida, mirando a Drek. Él no perdió un solo segundo. Sin detenerse, la rodeó con sus brazos y se volvió, llevándola consigo al interior de la arboleda.

Cuando la dejó en el suelo, Grid estaba agonizando, Ruth se había arrodillado a un lado, y le cogía las manos.

Parecía querer decir algo. Había una sonrisa de triunfo en sus labios...

Si hubiera podido hablar, Ruth hubiera quedado estupefacta, al oír que, estando ya en el umbral de la muerte, Grid tenía un trivial pensamiento: que Drek la había abrazado; que Drek se había arriesgado por ella...

Pero Grid no pudo decirlo. No hizo más que sonreír. Y sonriendo expiró...

Mientras tanto, el yanqui herido era vendado.

—¡Hay que internarse en la jungla! —ordenó Drek.

No podían perder tiempo, ni para dar tierra a Grid. La cubrieron con arbustos, simplemente inclinándolos sobre el cadáver, como gesto simbólico, y en Ala india fueron metiéndose en la selva.

Afuera seguían los disparos.

—Es para quitarnos de la cabeza la idea de salir de aquí —comentó Drek.

Baxter marchaba en medio de la fila, sin importarle las miradas de odio que todos le dirigían.

Al rato de marcha advirtieron que el enemigo les seguía. Avanzaban con cautela, como si temieran que cualquiera de sus pisadas fuera a disparar un cepo.

De pronto Drek advirtió que los guerrilleros estaban a punto de formar un cerco y dio orden de alto. Sonó un disparo. Y otro...

Las armas no se atropellaban. Los que iban con Drek eran buenos tiradores. Disponían de muchos cartuchos, pero no estaban en situación para despilfarros.

También Drek tenía munición para la pistola ametralladora. Con el arma le había quitado a Kup Ma el doble cinto que llevaba en bandolera y en la cintura.

Ni aun cuando dos grupos de guerrilleros se lanzaron en tromba sobre el área que ocupaban los occidentales, las armas de estos cambiaron el ritmo. Más que hombres parecían máquinas.

Ruth permanecía agachada, a los pies de Drek. A cada momento estaba temiendo verlo encogerse, herido de muerte.

Cuando el tiroteo hizo una pausa, Drek la miró.

—No te preocupes. Estás protegida...

Todo fue quedando en la máxima quietud. Esto sorprendió a los compañeros de Drek.

—¡Preparan un ataque con más fuerza! —dijeron varios.

—Puede ser —contestó Drek—. Pero no hay que descartar que quizá Kup Ma ha decidido darnos cuerda... Mientras nos vea en la jungla, no tendrá prisa. Y esto lo aprovecharemos...

—¿Y qué vamos a conseguir?

—Que la aviación se acuerde de nosotros.

—¡No sé para qué! —replicó uno de los británicos—. ¡No disponemos de emisora para comunicarnos...!

Otra vez Drek sintió la tentación de revelar el por qué no importaba demasiado no disponer de emisora.

Drek sabía que daba lo mismo permanecer en aquel sitio que trasladarse a otro. Pero si se quedaban quietos, las mentes apuntarían con demasiada fijeza a la situación en que se encontraban.

Dio orden de reanudar la marcha y todos obedecieron sin decir nada. Unos a otros fueron contagiándose de la ilusión de que Drek los encaminaba al sitio donde les aguardaban fuerzas de socorro.

El único que permanecía indiferente, y se movía como un autómatas, era Jake Baxter.

El australiano se acercó a Drek y le preguntó, muy bajo:

—¿No convendría atar las manos a Baxter?

—¿Para qué?

—En un descuido nuestro, puede apoderarse de un arma.

—¿Y qué conseguiría? Él se ha pegado a nosotros como una lapa. Adonde vayamos nosotros irá él. Teme a Kup Ma más que podamos temerle nosotros.

Tras de ellos dos iba Ruth. La muchacha parecía ahora revestida de una admirable serenidad. Varias veces Drek la había observado a hurtadillas, sintiéndose cada vez más atraído por su extraordinario temple.

—Reconozco que la prueba está siendo demasiado dura —comentó Drek—. Pero hasta ahora no podemos quejarnos de la suerte.

Sobre el techo de vegetación que dejaba la tierra en una verdosa penumbra, empezó a oírse fragor de motores.

Primero fueron cazabombarderos. Estremecieron la selva y se alejaron, dejando la impresión de que la tierra había estado a punto de quebrarse. Pájaros y reptiles quedaron como muertos.

La jungla había adquirido de pronto un aire fantástico. De un momento a otro parecía que fueran a surgir imponentes monstruos...

Toda la alegría que había acudido a los rostros del grupo, fue borrándose, a medida que la tromba de los reactores iban alejándose.

—¿En qué puede favorecernos esa exhibición de aparatos? —preguntaron varios, con desaliento.

Siguieron caminando. Drek se colocó al lado de la muchacha. Ruth llevaba en la cintura la pequeña «browning». Contenía dos balas. Cuando el día anterior le entregó Drek el arma, Ruth prometió no usarla, en tanto no viera al enemigo junto a ella.

—¿Echas de menos tu máquina fotográfica?

Se la habían quedado los guerrilleros, por orden de Kup Ma.

—¿Crees que es el momento para que piense en ello? —contestó Ruth, otra vez creyendo que trataba de molestarla.

—¿Por qué no? Tú sientes tu profesión, como sientes tu condición de mujer. Esta mañana echabas de menos un espejo...

Ruth enrojeció. Era cierto lo que Drek decía. Como era verdad, también, que era el único elemento del grupo, que después de un peligro, se preocupaba del atuendo.

La muchacha se echó a reír.

—Más echo de menos el espejo que la máquina...

—Pues no te preocupes por no tener el espejo. Estás más bonita que cuando salimos de Manila.

Ruth iba a contestar, cuando Drek hizo con la mano una seña para que callara y se estuviera quieta. Esta consigna fue corriéndose a toda la fila.

Todos, a excepción de Drek, miraban a la espesura. Drek mantenía la cara un poco levantada, en actitud de escuchar.

—¡Ahí tenemos a los helicópteros! —anunció, cuando el raído todavía era muy vago.

Momentos después todos comprobaban, por el ruido, que eran los aparatos que más podían interesarles en aquella situación, por lo bajos que volaban.

Pasaron desviados. Pero a los pocos minutos regresaron, ahora más cerca del grupo.

—¿Cómo demonios van a saber que estamos aquí? —exclamó un yanqui.

—¡Si tuviéramos una emisora! —prorrumpió un británico.

—Levantad los fusiles —dijo Drek—. Hay una consigna. Haced una descarga cada vez que yo baje el brazo, con las pausas que yo señale.

Drek tenía un brazo en alto, mientras mantenía el otro a la altura del pecho, mirándose el reloj de pulsera.

Los helicópteros estaban muy cerca. Drek bajó el brazo. Sonó una descarga.

Transcurrieron diez segundos. Y de nuevo dio la señal. Lo hizo cuatro veces, con pausas exactas de diez segundos.

Los aparatos se alejaron. Al quedar todo en silencio, el australiano preguntó:

—¿No habrá sido echar agua al mar? Ellos no han podido advertir los disparos. Los aparatos no se encontraban exactamente encima de nosotros.

—Alguno se habrá dado cuenta —contestó Drek, rehuyendo dar más explicaciones.

—¡Si fuera así! —exclamó un yanqui—. ¡Valdría la pena esperar! Si hay fuerzas de tierra por los alrededores, los helicópteros podrán señalar nuestra posición.

Pero detenerse era dejarlos pensar demasiado en el cerco en que sin duda se encontraban.

—Debemos seguir adelante —indicó Drek—. Si acuden fuerzas para socorrernos, nos encontrarán.

CAPÍTULO VII

Cuando Drek decidió acampar no fue solamente porque el personal estuviese cansado, sino porque aquel sitio era muy favorable para presentar defensa.

Se trataba de mi promontorio, en el que asomaban puntas de roca y había muchos árboles. En el centro, un grupo de peñascos permitirían poner a cubierto cualquier baja que tuvieran.

La mitad del grupo quedó de guardia, mientras los otros se tendían dentro del círculo rocoso.

—¿No cree que es hora de que hablemos, Baxter? —preguntó Drek.

El individuo se había tumbado cara arriba, mantenía los ojos cerrados, y daba fuertes resoplidos.

Era la primera vez que alguien le dirigía la palabra, desde que ocurrió la muerte de Grid. No abrió los ojos al contestar:

—Si usted no estuviera loco, se preocuparía de otra cosa más importante... Por ejemplo...

Ahora sí abrió los ojos y los fijó en Ruth, que estaba sentada frente a él.

—¡Hágale el amor...! Ella lo está pidiendo...

Ruth iba a levantarse, para increparlo de más cerca, pero Drek la contuvo.

—¡Quieta...! Si desea morir, escoge un mal sistema, Baxter.

—¿Yo desear morir? Si fuera yo el único que se ve en peligro, cabría que me desesperara... ¡Pero todos son candidatos a ser carroña, todo lo más tardar, mañana...! La selva es mal refrigerador, para contener la descomposición —iba a reír, pero el fijarse en el palpitante pecho de Ruth, se incorporó, hasta quedar sentado, y dijo—: ¡Debí hacerle caso a Grid! ¿Saben lo que me propuso anoche? Que aprovechara cualquier descuido y cogiera a usted —seguía mirando a Ruth, recorriendo toda su figura. Por fin su mirada se detuvo en la pequeña «browning»—. Grid me sugirió que me adueñara de usted y de esa arma que me pertenece. Y que con usted, hiciera rancho aparte, al menos por una noche...

Soltó una carcajada. Ruth tenía el rostro enrojecido por la ira. Drek se levantó inesperadamente, y Baxter se vio de pie, agarrado del pecho.

Pesaba mucho más que Drek, y quiso emplear su peso como arma. Primero intentó dejarse caer encima de Drek.

Pero un puñetazo en la cara lo obligó a caer hacia arriba, con los brazos desplegados. Al tocar con la espalda en una roca, emitió un rugido y se lanzó de cabeza contra el estómago de Drek. Este levantó una rodilla, alcanzándole Otra vez en el rostro.

Al quedar erguido, por la fuerza del rodillazo, Drek se puso a asestarle puñetazos, en el pecho y en la cara.

—Por si son tus últimos momentos... compórtate como un «caballero». Pídele disculpas —exigió Drek, en el momento en que Baxter caía, con la cara magullada.

Se acercó a su cabeza y levantó un pie, amenazándole la cara.

—Discúlpate.

Baxter se movió, incorporándose, hasta quedar otra vez sentado.

—Perdone... ¡Pero le juro que me lo sugirió Grid...! Ella quería fastidiar a usted —miraba ahora a Drek—. No sé si ella le odiaba. Pero sé que usted constituía su obsesión...

—Dejemos a Grid —cortó Drek—. Lo que quiero que me diga son los puntos de enlace del enemigo, para conseguir información. Durante mucho tiempo ha sido agente doble. Siga siéndolo por unos minutos.

Jake Baxter permaneció unos momentos como vacilando. En realidad lo que le ocurría era que estaba atontado por los golpes. Sacudió varias veces la cabeza. De pronto miró de lado a Drek, haciendo una mueca.

—Pero... ¿sigue en pie su promesa... de dejarme marchar...?

—Cuando tú lo desees. En el momento que des un paso alejándote de nosotros, empezará a contar el tiempo. Veinticuatro horas.

Jake Baxter quiso reír, pero el dolor de las mandíbulas impidió que lo hiciera.

—¡Es divertido...! ¡Hablamos de condiciones... cuando se nos va a llevar a todos el diablo...!

—No importa. Mientras el diablo no llegue, debemos comportarnos como si todo marchara bien. Habla, Baxter...



—¡Dé orden de que cese el fuego!

Los que estaban de vigilancia permanecían con la vista fija en la maleza, pero el oído atento a lo que Baxter decía.

Hablando, fue excitándose, refiriendo jugarretas, hechas unas veces a los occidentales; otras, a las asiáticos. Que decía muchas cosas que eran ciertas, pudieron comprobarlo Drek y Ruth. Él, por los informes que le habían dado en el Departamento sobre sus actividades. Ella, porque en Tokio tuvo trato con gente que colaboró con Baxter.

Uno de los centinelas dio la señal de alarma.

Y todos acudieron a las rocas que coronaban el promontorio. Todos menos Baxter, que quedó limpiándose la sangre que tenía en la cara.

—¡He visto que se movían las matas allí! —señaló el centinela que había dado la alerta.

Drek estuvo unos momentos observando. La quietud era completa. Pero eso no significaba mucho. Los guerrilleros sabían deslizarse sin producir el menor temblor de ramas y hojas.

Uno de los que estaban apostados en el lado opuesto, movió un brazo, para que Drek acudiera a su lado.

Lo hizo agachado, sin producir ruido.

—¡Allí! —intentó señalar con un dedo el centinela.

Pero Drek ya había visto demasiado.

—¡Fuego...!

Seis guerrilleros se lanzaron a toda velocidad, Drek soltó una ráfaga. Los fusiles hicieron descargas cerradas.

Cuatro adversarios se desplomaron. Los otros dos habían conseguido colocarse detrás de unas rocas, muy cerca de la posición. Drek temió que pudieran lanzar una granada de mano y salió.

Más que una pistola ametralladora parecía restallar un látigo. Todos los del grupo se miraron. Tan rápida había sido la acción, que algunos llegaron a dudar que en realidad se hubiese producido. Había sido salir y regresar en una fracción de segundo.

Pero allí estaban los cadáveres de los seis enemigos. Fue entonces, al mirar a los muertos, cuando varios sintieron la tentación de salir para apoderarse de los fusiles y las cartucheras.

Disponían de unos segundos. Era muy posible que se estuviera preparando un ataque en avalancha. Los seis guerrilleros seguramente habían avanzado para una acción de tanteo.

Pero fue transcurriendo el tiempo, y todo siguió en la agorera calma. Drek recorría la posición con la mirada y veía a los compañeros, el arma apoyada contra una piedra, la mirada fija en la maleza.

—¿Qué? —les preguntaba Drek, con la mirada cada vez que uno se fijaba en él.

Con los ojos le contestaban:

—Nada.

Perdieron la noción del tiempo. Aquella tensión los estaba agotando, más que las duras marchas.

Y de pronto salió un grito unánime, estentóreo. Pareció que el grupo era sacudido por el histerismo. Algunos se pusieron de pie, al descubierto.

Ruth también se había levantado, colocándose al lado de Drek.

—¡Son los nuestros...!

—¡Los nuestros...!

La muchacha pegó la cara al pecho de Drek, y prorrumpió en sollozos.

Por varios puntos iban saliendo soldados estadounidenses, acompañados por indígenas, expertos de la selva.

El oficial que mandaba la Compañía avanzó hacia Drek. Cuantos integraban el grupo se pusieron firmes.

Momentos después el oficial explicaba:

—Vamos tras ustedes desde hace varias horas.

Sus palabras quedaron interrumpidas por el eco de un nutrido tiroteo. Todos se quedaron mirándole.

—Las otras unidades están actuando por los alrededores —manifestó, para tranquilizarlos.

—¿Tienen localizado a Kup Ma? —preguntó Drek.

—A él y a otras partidas de guerrilleros. Esta madrugada se fusionaron y nosotros no pusimos inconvenientes.

Drek quería hacerle otras preguntas, pero no ante testigos. Un rato más tarde tuvo ocasión.

—Comandante: Kup Ma conoce la selva a ciegas.

Según hemos comprobado esta mañana, ha estado yendo a nuestro alrededor, como recreándose en su presa.

El jefe sonrió.

—Y nosotros alrededor de Kup Ma y de los cabecillas que se le han agregado... El mejor provisto de municiones era Kup Ma. Esa impedimenta resultaba molesta y al hombre no se le ha ocurrido otra cosa que dejar que los de las otras partidas se proveyeran de esas municiones. A muchos de esos cabecillas Kup Ma los odia... Al dejar que se provean de esos cartuchos, ignora que les está haciendo una mala jugada —concluyó, riendo.

Drek lo miraba muy intrigado.

—Luego ¿la «cosa» ha ido bien?

—¡Maravillosamente!

Drek se quedó mirando la pistola ametralladora que llevaba el oficial. Era del mismo tipo que la de Drek.

—¿Dispone de esa clase de munición para la pistola?

—Sí, desde luego. Mi pistola solo lleva esa clase de cartuchos.

—Necesito cartuchos de esos.

El comandante no hizo preguntas. Y a escondidas de todo el grupo, Drek cambió la munición de su pistola.

El grupo estaba intrigado escuchando el eco del combate que se estaba desarrollando en varios puntos de la lejanía.

Todos sabían que sería imposible exterminar a todas las partidas en una sola acción. Lo mismo que el grupo de Drek había podido escurrirse impidiendo el cerco, lo harían los guerrilleros.

Pero Drek y el comandante no se preocupaban por los que pudieran escapar. Más bien deseaban que muchos lo consiguieran.

Los preparativos para la marcha ya habían terminado. A unas cuantas millas había una vía de comunicación, donde aguardaba una caravana de «jeeps».

Ruth acudió al centro de la posición, donde tenían sus cosas, cuando un fusil quedó apuntándole el pecho.

—Y ahora, muñeca... le dirás a «tu hombre»... —prorrumpió Jake Baxter.

Los ojos parecía que fueran a salirse de las órbitas Su cara, magullada por los golpes, horrorizaba.

—¿No tiene gana de vivir, Baxter, ahora que nos encontramos en la salida...?

Lo preguntaba Drek, que había aparecido detrás de Ruth. Mantenía las manos lejos de la pistola, para que Baxter no interpretara mal cualquiera de sus movimientos, hecho sin pensar.

—¡No se burle, capitán Keast...!

—No me burlo, Baxter. Y no vuelva a llamarme capitán. Desde este momento, no soy más que un inspector de la CIA, y usted no lo ignora. Hasta ahora no ha querido usted reconocerlo, por aquello de la rivalidad del oficio —comentó, jocosamente—. Pero no va a tener más remedio que darse cuenta de que soy cuña de la misma madera...

—¿Qué quiere decir?

—Que tan pronto usted se separe de mí, contaré las veinticuatro horas. Y me lanzaré en su persecución...

—¡Usted no cumplirá el pacto...!

—¿Por qué no? Baje el fusil. Se le podría ir el dedo y pagarlo esta admirable muchacha. Ella no es agente, Baxter. No es más que una periodista...

—¡No bajaré el fusil mientras el comandante no me dé garantías!

—El solo puede darle su palabra, como yo.

—¡De él me fiaré...!

—Bien. Que vaya Ruth a llamarlo.

Baxter iba a oponerse, pero, pensándolo mejor, le dijo:

—¡Sí! ¡Ella irá! Pero usted dejará caer el arma y levantará los brazos.

Drek hizo lo que le pedía. Cuando Ruth regresó momentos después con

el comandante, Baxter ya llevaba el cinto donde iba una buena dotación de cartuchos para la pistola y empuñaba el arma. El fusil lo había dejado apoyado contra una roca.

—El comandante está informado de todo —dijo la muchacha.

—Y acepta el pacto.

—¡Que lo diga él! —la interrumpió Baxter.

—Yo no tengo por qué saber si usted es enemigo o no —dijo el comandante—. Usted es un occidental y se encontraba con nuestros amigos. Hay unos «jeeps» esperándoles que los conducirán al aeropuerto.

—Quiero que esta pareja me acompañe.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Bangkok, Una vez allí, ya indicaré el barrio donde quiero meterme. Allí nos separaremos —concluyó, mirando siniestramente a Drek.

—Y allí empezará a contar el tiempo —le dijo el agente.

Antes de llegar al aeropuerto, ya tenían noticias de que las partidas se replegaban en desorden. El cadáver de Kup Ma había sido encontrado, con el de otros guerrilleros.

Los que le miraron la cara quedaron impresionados. No había en ella una expresión de odio, ni de dolor. Era algo que a todos dejaba pensativos.

Una expresión de amargura, la misma que Drek le sorprendió en la colina, cuando pasó una avalancha de motores de occidente. Y más tarde, una procedente del Vietnam del norte.

Era una expresión que acusaba: «¡No habrá paz!»

En el mismo «jeep» en que iba Baxter, estaba Ruth y Drek. Eran los únicos ocupantes. El vehículo lo conducía Drek.

—Es lo mismo que haremos en Bangkok —dijo Baxter—. Usted conducirá el coche que nos llevará al barrio que yo le pida.

—Ya le he dicho que no hay inconveniente —contestó Drek, sin parecer molesto.

En todo momento Baxter estuvo al lado de Ruth, cuando se apearon del «jeep» y subieron al avión.

El viaje aéreo fue una ocasión para que Drek y Ruth reposaran. El único que no durmió era Baxter. En algunos momentos la fatiga se le apoderaba, pero enseguida daba una sacudida y aferraba la pistola, mirando con recelo a la pareja.

Se encontraban con que los dos dormían y con que ninguno de los otros viajeros le prestaba a Baxter la menor atención.

Estas horas fueron las peores, porque vela la libertad, y cada vez le parecía más imposible.

Sin embargo, todo se desarrollaba como él había pedido. De noche

llegaron a un aeródromo militar. Había un coche turismo aguardándoles.

—Póngase al volante —mandó Baxter.

Drek lo hizo. Se notaba que en el aeródromo tenían la consigna de no intervenir.

El coche enfiló una ancha carretera. A cada momento Baxter temía que aparecieran coches interceptando la marcha.

—¡Si eso ocurriera, usted y la muñeca...! —rezongaba, amenazador.

—No sea majadero, Baxter. De no querer cumplir lo pactado, hemos tenido multitud de ocasiones. En el avión me desperté dos veces, y esas dos lo vi adormilado... Pude quitarle el arma...

—¡No es cierto! —pero Baxter sabía que era verdad.

—Hasta estoy por decir que usted está deseando que le libremos del arma, como si ella constituyera una insoportable carga...

—¡Intente cogerla...!

Drek se echó a reír. Las horas de sueño lo habían renovado. Ruth también se sentía otra. Pero no llegaba a experimentar la alegría de Drek. Presentía horas muy negras, sino para ella, para Drek.

Entraron en Bangkok, siguiendo las instrucciones que daba Baxter. Y como ya esperaba Drek, lo encaminó a la desembocadura del Mekong, buscando el laberinto de barcas.

Estuvieron un rato en marcha lenta, dando muchos virajes, por callejuelas estrechísimas. Baxter quería cerciorarse de que ningún coche los seguía.

—¿Por qué perdemos tanto tiempo, Baxter? Le juro que nadie nos sigue —dijo Drek, pareciendo que estaba mareado de tanta vuelta.

Se habían detenido junto a una multitud de pequeñas casas. Algunas de ellas tenían un conducto oculto que llevaba a dónde estaban las embarcaciones.

—Parece usted tener prisa —dijo Baxter, mordaz.

—La tengo. Estoy deseando esas veinticuatro horas de descanso. Y no lo hago por mí, precisamente. Fíjese en Ruth...

Eso podía decir que tuviera en cuenta que la muchacha estaba precisando de ese reposo, como que ella era muy hermosa, y en esas veinticuatro horas Drek podía dedicarse a ella.

—De acuerdo. Voy a dejarlos —contestó Baxter, después de mirar hacia las casuchas.

Aquello estaba muy oscuro, pero en el rato en que habían permanecido con la luz del coche reducida al máximo, Baxter había acostumbrado la vista, y ya sabía a dónde dirigirse.

—Voy a apear-me. Ruth me acompañará unos pasos...

—¡Déjela en paz! —gritó Drek violentamente.

—Quieto —le interrumpió Baxter, adelantando el arma a la cara de Drek—. Soy yo quien impone condiciones... Ella me acompañará unos

pasos.

—Eso no es lo pactado.

—No me importa.

—No pasará nada, Drek —dijo Ruth, temiendo que Baxter disparase contra él.

Drek y la muchacha ya tenían prevista esta situación, y otras muchas, pues en el viaje habían meditado sobre las posibles actitudes que Baxter podría adoptar, en el momento de separarse.

Se apearon los dos.

—Usted, quieto ante el volante. No tengo tiempo para averiguar si guarda algún arma en el coche... La muñeca me servirá de escudo.

—Espere —dijo Drek—. Quiero anunciarle esto: como haga usted un disparo, uno solo, el pacto quedará roto...

—¡Qué infantil es usted! —rio Baxter.

Se alejaron lentamente, Baxter y Ruth. El motor del coche estaba en marcha y Drek maniobró de manera que la parte delantera mirara hacia las casuchas.

—¡Déjela ya, Baxter! —gritó Drek.

—¡Ya la tendrá dentro de veinticuatro horas! —contestó Baxter—. ¡Voy a hacer caso de lo que me sugirió Grid...! ¡Es una forma de vengarla! ¿Verdad?

En ese momento Ruth emitió un grito. Baxter la tenía cogida de un brazo. Con la otra mano sostenía la pistola.

El grito era la señal. Drek encendió los faros. Baxter soltó a la muchacha para cubrirse los ojos, mientras con la otra mano hacía funcionar la pistola. Tiró contra el parabrisas y los faros.

Se apagaron, pero no por acción de los disparos, sino porque así lo tenían convenido Drek y Ruth. Una vez deslumbrado, todo debía quedar en tinieblas; la muchacha, tendida, en cualquier sitio, con tal de que estuviera quieta.

—¡Ya está roto el pacto, Baxter! —gritó Drek, desde un punto en las tinieblas.

Le contestó una ráfaga. Baxter empezaba a retroceder hacia las casuchas. Drek no le hacía ningún disparo. Se limitaba a hablarle.

—¡Antes de que amanezca ya estará en nuestro poder...!

Le contestó una carcajada. Y otra ráfaga.

De repente se hizo el silencio. Drek fue acercándose al sitio donde suponía a Ruth. La llamó varias veces, susurrando su nombre.

El silencio en que todo permanecía fue angustiándole. De pronto oyó, casi encima de su cara, pues Drek iba agachado:

—Estoy aquí, Drek...

—¿Por qué no has contestado?

La rodeó con sus brazos y se puso a besarla. Ella estuvo quieta, pero los

labios cada vez contestaban con más calor.

—¿Por qué no ibas contestado? —volvió a preguntar.

—Porque temía que Baxter estuviera cerca...

—Baxter ya se ha ido.

—... Y porque quería... que por mí... te preocuparas una parte de lo que yo lo he hecho por ti... Salimos de Manila siendo mi custodia, y has hecho cualquier cosa menos atenderme...

Drek la cogió en brazos y la llevó al coche. ¡Luego abrió el capó y se puso a manipular en el motor.

Ella, alarmada, preguntó:

—¿Una avería? —temía que alguno de los proyectiles hubiese perjudicado el motor—. ¡Vámonos a pie!

—No te preocupes... Estoy dando la señal para que vengan por nosotros.

Ruth pensó que en la parte del motor había una emisora y quedó tranquila. Al momento empezaron a surgir coches, con la luz reducida.

Pero Ruth volvió a alarmarse al oír a Drek dando instrucciones a los «marines» yanquis que habían llegado.

—Hay que rodear esas cabañas y tener dispuestas unas cuantas lanchas a motor —explicaba Drek—. No se desviarán de la ruta que yo iré indicándoles con luz verde. Con la luz roja les indicaré si hay que disparar.

¡Mientras los demás procedían a seguir las instrucciones de Drek, la muchacha lo interpeló:

—Pero, ¿por qué tú?

—Porque de los que estamos aquí, soy el único que puede localizarlo.

—¡Qué iluso!... ¡Esto es peor que la selva!... ¡Hay miles y miles de sampanes, que se comunican unos con otros!... ¡A saber dónde estará Baxter ahora...!

—No importa —contestó Drek.

—¿No importa?

Ella iba a dirigirle una frase de burla. Pero recordó que en la selva, cuando todos se consideraban perdidos, él había dicho lo mismo: «No importa».

No importó ser un número reducido frente al enemigo. No importó no disponer de una emisora... ¡Y habían salido de la selva! Lo que aún era más importante: las fuerzas de socorro hablan sabido localizarles.

Todo esto pasó por la imaginación de Ruth, en un segundo. Y quedó como aturdida.

—¡Drek! ¿Qué ocurre? ¡Aquellas cajas de municiones!... ¿No contenían algo más que cartuchos?

—Nada más que cartuchos —dijo Drek.

Y rodeándola por la espalda, la besó fuertemente en los labios.

—Te vas a quedar aquí... «periodista» —le dijo cariñosamente, pero

dejando ver que estaba resuelto a que ella no le acompañara.

Tuvo que quedarse, porque se dio cuenta de que Drek estaba obrando bajo severas órdenes. Era indudable que se trataba de un arma secreta.

De esto tuvo la evidencia horas más tarde, al amanecer. Durante la noche los «marines» habían registrado multitud de casuchas, habían saltado sobre infinidad de embarcaciones, siempre siguiendo las indicaciones que les daba la luz verde de la lámpara automática que Drek llevaba.

Era imposible saber qué número de embarcaciones habían salido durante la noche, sigilosamente.

Cualquiera podía suponer que Baxter se había marchado en una de ellas. Pero nunca la luz verde, al estar navegando a bordo de una lancha a motor, indicó que interceptaran el paso de algún sampán que hubiese cerca.

Antes del amanecer, la luz verde indicó el sector en que más embarcaciones había. Y los «marines» saltaron sobre aquel pueblo flotante. La mayoría sabían que se enfrentaban con la más difícil tarea que les pudieran haber señalado. Como encontrar un alfiler en un pajar.

Sentían horror a meterse en las nauseabundas bodegas, donde alentaba una humanidad de jerga extraña, chillona, maloliente...

Todavía de noche empezó la baraúnda de gritos y paquetes revueltos. La luz verde fue indicando una dirección. Luego, otra.

De pronto empezó a girar, y los «marines» fueron situándose en embarcaciones que les permitían trazar un círculo. La luz verde fue avanzando al centro del círculo...

Amaneciendo, se oyeron disparos de pistola ametralladora. Salían de una embarcación repleta de fardos.

Los «marines» esperaban que Drek encendiera la luz roja, autorizándoles a disparar. Pero no ocurrió.

Aparte, el amanecer ya permitía ver a Drek, sin necesidad de que él se sirviera de luces para darles órdenes.

Y lo vieron saltar a la proa de la embarcación. Los disparos habían salido de popa.

Allí estaba Baxter, entre dos fardos, agazapado. Esperaba que Drek se confundiera...

Esa era la dirección que Drek llevaba, la del error, pareciendo que fuera a escudriñar tras unos fardos que no ocultaban a Baxter.

De pronto cambió de dirección. Baxter ya estaba levantándose para dispararle de flanco. Y se lo encontró de cara.

Drek solo hizo dos disparos. Uno al brazo derecho. El otro a una pierna.

Baxter se agarró a los fardos y se quedó mirando a Drek, mortalmente pálido, creyendo que iba a dispararle de nuevo hasta rematarlo.

—No, Baxter... Para hacer eso no valdría la pena haberte dejado salir

del aeropuerto. Detenerlos entonces hubiera remordido mi conciencia. Al fin y al cabo, nuestra operación triunfó por la ayuda que tú aportaste, al salir a nuestro encuentro con una pequeña «Browning»...

Baxter no supo si Drek se le burlaba. Momentos después, mientras lo curaban, preguntó:

—¿Cómo me ha localizado?... ¿Cómo?...

Drek sonrió.

—No olvide que venteo las huellas de los traidores, a cien millas...

De nuevo Baxter quedó en la duda de que se estuviera burlando.

—Le queda mucho por decir al Departamento, Baxter. Será hospitalizado en lugar adecuado, y allí tendrá tiempo para «recordar»...

Drek se marchó. Antes de ir al hotel donde sabía que Ruth se alojaba, fue a conferenciar con su jefe inmediato, el inspector Rowe, que desde que Drek emprendió la marcha a la selva permanecía en Bangkok.

—Gracias a esos cartuchos, hacemos algo más que seguir huellas en la selva —comentó el jefe, riendo—. Hasta ahora ellos han tenido una gran ventaja sobre nosotros, en la lucha en la jungla... Pero ahora... ¿Se da cuenta, Keast? ¡Imagine! Dejaremos que asalten «alguno» de nuestros convoyes. Y estas municiones nos evitarán las agotadoras e infructuosas batidas... Ahora iremos directamente a sus madrigueras... Aparte de eso, nos darán el alerta cuando en la noche se acerque alguno de esos guerrilleros, con aire pacífico.

El inspector se paseaba por el despacho, excitado por la alegría.

—¡Sí, amigo mío!... Cada uno de esos cartuchos será un «chivato» de sus pasos...

Los cartuchos parecían en todo como los cartuchos corrientes. Pero todos ellos llevaban contaminación radioactiva de larga duración e imposible de averiguar por el enemigo, en tanto no poseyera los detectores adecuados, cosa que esperaban tardara en producirse.

Por pronto que el enemigo se diera cuenta, sus ocultos rediles infestados de esas radiaciones denunciadoras serán batidos.

Los asaltos en posiciones avanzadas, durante la noche, podían quedar reducidos al mínimo, siempre que se tuviera habilidad para que esos cartuchos llegaran a su poder sin que ellos sospecharan.

—¿Le ha sido muy difícil de ocultar a sus compañeros lo que ocurría? —preguntó el inspector.

—No deseo tener otra ocasión como esta, de guardar un secreto hasta ese extremo...

Explicó las horas en que vio al grupo desalentado, creyéndose sin salida.

—Me sostuvo el imaginar que si yo les daba a conocer el secreto, y alguno caía prisionero, podía hablar contra su propia voluntad.

—Cuando en el Departamento me pidieron al «hombre» que requería la

situación, enseguida pensé en usted.

—Me hizo usted un gran «regalo», inspector.

—Dispone de una licencia sin límites, Drek... Puede regresar a América cuando lo desee.

—Eso dependerá... —al sentir sobre él la irónica mirada del inspector, agregó—: Una cosa, inspector. ¿Qué ocurre con la señorita Ruth? Ustedes sabían demasiado que Jake Baxter vivía. ¿Por qué fingieron que lo dudaban?

—Para que ella sintiera más interés en averiguarlo.

—¡Pero la dejaron que corriera los peligros del grupo...!

—¡Qué remedio!... Si impedíamos que ella fuera, la operación podía ir al desastre.

Y se quedó mirando a Drek de una manera que le intrigó.

—A ver, inspector... ¿Qué peligro?

—Grid... era endemoniadamente hermosa. Había que contrarrestar esa belleza...

Drek contrajo el rostro. El que lo supusieran moviéndose como un muñeco alrededor de Grid, le sacaba de quicio.

De pronto se echó a reír.

—Grid ya sospechaba eso... Me dijo que tenía que luchar con una rival demasiado fuerte.

Se dispuso a marcharse. Antes de salir del despacho, el inspector le dijo:

—Esa muchacha ha dado pruebas admirables de capacidad para misiones de nuestro Departamento. Creo que habrá algo para ustedes dos... Pero más adelante, ¿sabe? Y... claro, para esa misión haría falta mucha intimidad entre ustedes dos... Ya verían ustedes de arreglarlo.

—Si lo que quiere decir es que nos casemos, sepa que no necesitamos que nos empujen. Creo que vamos a contraer matrimonio, tan pronto tengamos una explicación con los nervios tranquilos...

Sobre la mesa había dejado la lámpara de la luz verde, el detector con que había localizado las balas contaminadas de la pistola.

Ruth lo aguardaba despierta. Había dejado recado de que la avisaran, tan pronto llegara Drek.

Él se vio de pronto ante una Ruth como la del primer día. Ahora se envolvía con un salto de cama, y su belleza parecía otra, más agresiva.

—¿Qué ha ocurrido con tus jefes? —preguntó.

Ya estaba enterada de que Baxter había sido capturado.

—Nada. ¿Qué tenía que ocurrir?

—El inspector me ha telefoneado que te has negado a cumplir determinada «misión».

Drek iba a contestar que era un embuste del inspector Rowe.

Pero aprovechó la treta.

—Se refería a una misión en la que tú habías de tomar parte.

—¿Y qué? Estoy dispuesta.

—Es que... ahora no iríamos acompañados... La intimidad se haría demasiado peligrosa...

—¿Peligrosa? ¿Qué intimidad peligrosa puede haber entre marido y mujer?

Drek se inclinó sobre su boca. Ella le rodeó el cuello con sus brazos, estrechándose contra él.

★ ★ ★

Por aquellos días, la Prensa de todo el mundo publicó una nota del Departamento de Defensa norteamericano, en la que se daba cuenta de haber sido ensayada un «arma secreta» con *positivo éxito*.

Muchos pensaron en un proyectil gigantesco, quizá una bomba de hidrógeno despegándose del vientre de un avión...

Nadie pensó en unas simples, vulgares, cápsulas de fusil...

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

Joe Mogar

La muchacha china



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION
CIRCULO ROJO



Los archivos po-
liciacos abiertos
para Usted.

CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



**Una nueva colección
que sólo publicará éxitos**

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MARABU ZAS

160 páginas
Dibujos a dos tintas
Cubierta a todo color
Precio: 20 ptas.



En plena forma
4.000 años de piratería
Supere su timidez
El año 2.000 según las profecías
Complejos
El jazz
La aviación moderna
¡Bailemos!
Interprete sus sueños
Papas y concilios
La grafología
Historia del Club de Fútbol
Barcelona
Los cohetes
Timos
Historia del Real Madrid

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

838 — M.^a Esperanza Neyra
LA VERDAD DE SU AMOR

COLEC. "MADREPERLA"

734 — Valentina del Barco
POR DISTINTAS SENDAS

COLECCION "ROSAURA"

678 — Carlos de Santander
EL UNICO CAMINO

COLECCION "AMAPOLA"

565 — María Pilar Carré
LA MUJER DESEADA

COLECCION "ALONDRA"

499 — G. Colomer
EL RAPTO DE LA
PRINCESA

COLECCION "CAMELIA"

440 — Alicia Larrendi
LA ESFINGE ORGULLOSA

COLECCION "CORAL"

124 — Corín Tellado
ELLA ERA ASI

COLECCION "CORAL"

125 — Corín Tellado
LA REBELDE CRIS

COLECCION "CORAL"

234 — Corín Tellado
AQUEL DESCUBRIMIENTO

COLECCION "BISONTE"

779 — Keith Luger
MENSAJE DE UN
AHORCADO

Col. "SERVICIO SECRETO"

643 — A. Rolcest
LUZ VERDE EN EL
MEKONG

COLECCION "BUFALO"

476 — Joe Sheridan
EL JUSTICIERO
DE SIERRA BLANCA

COLECCION "TEXAS"

344 — George H. White
HA LLEGADO
UN REVOLVER

COLECCION "CALIFORNIA"

323 — M. Lafuente Estefanía
EXTRAÑO FORASTERO

COLECCION "COLORADO"

268 — M. Lafuente Estefanía
NO FUERON LOS INDIOS

COLECCION "KANSAS"

234 — M. Lafuente Estefanía
MUERTA Y RESUCITADA

COL. "HEROES DEL OESTE"

216 — M. Lafuente Estefanía
LA HERENCIA DEL "COLT"

COLEC. "ASES DEL OESTE"

186 — Raf Segrram
EL TERROR DE LOS
CUATREROS

COLEC. "BRAVO OESTE"

98 — Clark Carrados
ALIAS "EL PEREZOSO"

COLEC. "PUNTO ROJO"

32 — Clark Carraços
LA MUERTE ANUNCIA
SU VISITA

COLEC. "SELEC. S. S."

10 — Silver Kane
SEMANA NEGRA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
guín a la Cruz, 173 - CARACAS.

Paulette Godard

Pauline Levy nació en Great Neck (Long Island), el día 3 de junio de 1911. Debutó en la pantalla en el año 1932. Estuvo casada con Charlie Chaplin, con quien interpretó "La quimera del oro".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España Printed in Spain

N.º 1601